

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

matanza en la ciudad del vicio

CLARK CARRADOS



El coche rodaba velozmente por la irregular llanura, abrasada por el sol, dejando una densa estela de polvo que, merced a la quietud del ambiente, la atmósfera permanecía largo rato suspendida en el aire. El conductor, que viajaba solo, ignoraba que había unos ojos que espiaban su viaje, situados tras unos potentes prismáticos.

El hombre de los prismáticos tenía además un pequeño transmisor portátil de radio. Estaba situado a media ladera de una loma de irregulares contornos, detrás de unos resecos arbustos que disimulaban por completo su figura. Más a lo lejos, se extendía la llanura calcinada del desierto, en la que apenas si crecían algunos raquíuticos cactus y mezquites.



Clark Carrados

Matanza en la ciudad del vicio

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1344

ePub r1.1

Lds 25.09.18

Título original: *Matanza en la ciudad del vicio*

Clark Carrados, 1976

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El coche rodaba velozmente por la irregular llanura, abrasada por el sol, dejando una densa estela de polvo que, merced a la quietud del ambiente, la atmósfera permanecía largo rato suspendida en el aire. El conductor, que viajaba solo, ignoraba que había unos ojos que espían su viaje, situados tras unos potentes prismáticos.

El hombre de los prismáticos tenía además un pequeño transmisor portátil de radio. Estaba situado a media ladera de una loma de irregulares contornos, detrás de unos resecos arbustos que disimulaban por completo su figura. Más a lo lejos, se extendía la llanura calcinada del desierto, en la que apenas si crecían algunos raquíuticos cactus y mezquites.

De pronto, el espía se llevó el transmisor a los labios y dijo:

—Habla número seis. Comprobado, es él.

—Habla número cuatro. Enterado —le respondieron.

El espía aguardó tranquilamente a que el vehículo hubiera pasado por debajo de él, a menos de cincuenta pasos de distancia. Cuando el automóvil se hubo alejado, recogió los prismáticos, descendió corriendo por la pendiente y se metió en una grieta donde tenía escondido su propio automóvil.

A tres kilómetros de aquel lugar, dos hombres se hallaban guarecidos tras un parapeto natural de tierra, que dominaba ampliamente la carretera. Uno de ellos tenía radio y prismáticos. El otro se ocupaba en pasar un paño por el cañón del fusil que sostenía con la mano.

El fusil estaba provisto de mira telescópica. De vez en cuando, el tirador hacía ejercicios de puntería con el visor, mientras sostenía el arma con unas manos de granítica firmeza.

El otro le dio de pronto un codazo.

—Prepárate, tú; ahí viene.

El tirador se arrodilló tras el parapeto y tendió el fusil hacia el punto de la carretera en donde sabía se detendría el vehículo ahora anunciado por una todavía distante nube de polvo. Quitó el seguro y aguardó pacientemente.

El automóvil se acercaba con rapidez. Había curvas en la carretera, pero la orografía del terreno permitía que fuesen de gran radio, lo que facilitaba la velocidad. El suelo, sin embargo, pese a que estaba bien cuidado, era de tierra, lo que hacía inevitable la estela de polvo.

Transcurrió un minuto. El coche asomó de pronto, al rebasar un promontorio blancuzco, con las líneas bien definidas de los estratos geológicos, en las que la piedra más dura había resistido perfectamente la erosión. Algunas matas se esforzaban por sobrevivir en aquellos áridos parajes.

De pronto, el conductor divisó un par de grandes piedras situadas en el centro del camino. Aplicó el freno y juró, maldiciendo al servicio de conservación de carreteras.

El coche se detuvo casi por completo. Entonces, el rifle emitió un sonoro trueno.

La detonación se multiplicó en numerosos ecos por los cerros y barrancadas cercanas, y el sonido llegó a gran distancia. Ethan Moore estaba limpiando de malezas un trozo del jardín de su casa y alzó la cabeza.

Luego volvió al trabajo. «¿Quién iba a disparar armas de fuego en aquellos parajes?», se dijo. Seguramente, una rueda había reventado y el viajero estaría ahora maldiciendo de su mala suerte...

No había reventado ninguna rueda ni el viajero maldecía, por la sencilla razón de que estaba tendido de lado en el asiento delantero, con el pecho lleno de sangre. En el parabrisas había un orificio estrellado, a la altura de su tórax.

Los dos hombres bajaron corriendo por la ladera.

—Los guantes —dijo el vigilante.

Ambos se detuvieron unos segundos para ponerse unos guantes de fina seda. Luego se acercaron al auto.

El tirador era hombre corpulento y apartó las piedras. El otro abrió la portezuela derecha. Sonrió al divisar al conductor caído

sobre el asiento, con los ojos abiertos, pero que ya no veían nada.

Debajo del conductor había un maletín tipo ejecutivo. El espía agarró el asa y tiró con fuerza. Ya se acercaba su compinche.

—Aparta el vehículo. Déjalo rodar por la pendiente. Tardarán más en verlo —dijo el espía.

—Está bien.

El tirador se inclinó sobre la víctima, sin darse cuenta de que ésta conservaba todavía un soplo de vida. Tom Mac Kenna, pese al dolor que sentía en el pecho perforado por el proyectil; tenía aún la suficiente consciencia para imaginarse lo que le pasaría si hacía el menor gesto.

Mac Kenna abrigaba la esperanza de salir con vida. Sabía que podía ser atacado, aunque nunca creyó que ellos llevasen sus amenazas a la práctica. Ahora lo estaba viendo.

Dejó que lo apartasen a un lado. Aquel rostro, extrañamente picado de viruelas sólo en el lado izquierdo, quedó profundamente grabado en su memoria.

El coche rodó a poco por un talud de no demasiada pendiente, hasta quedar detenido en la planicie próxima. En aquel lugar, la carretera hacía una curva y, además, había un promontorio. Cualquiera que pasara por el lugar, ignoraría que había un coche con un hombre muerto en su interior.

Al menos, así pensaban los asesinos. Su coche estaba escondido cerca, pero no cometieron la imprudencia de marcharse inmediatamente. Había dos grandes escobas en el maletero y empezaron a borrar sus huellas con todo cuidado.

Los últimos escobazos fueron dados cuando ya tenían los pies en el interior del vehículo. Las escobas fueron a parar al asiento trasero. Antes de llegar a Neighton, volverían al maletero, en un lugar en donde a nadie le extrañaría la parada de unos automovilistas para estirar las piernas durante unos momentos.

La parada se efectuó a unos cinco kilómetros del lugar donde se había realizado el ataque. Por eso no pudieron ver al conductor que, arrastrándose penosamente, trataba de remontar el talud, para llegar a la carretera y pedir socorro a algún automovilista.

Cargado con un pesado saco de harina, Ethan Moore atravesó la acera y se situó a la zaga de su furgoneta, en la que ya había unos cuantos bultos. Los ojos vivaces de su perro «Chick» le contemplaron en el momento de descargar el saco. La cola del can se agitó alegremente.

Moore sonrió y le hizo un guiño. Luego se volvió hacia el almacén donde solía surtirse de provisiones. Entonces vio a la hermosa mujer parada en la acera.

Era alta, de cuerpo esbelto y bien contorneado. El pelo era muy negro, recogido en un moño clásico, que le confería un singular atractivo. Sonriendo con malicia, ella se quitó las gafas negras, para dejar ver unas pupilas de color esmeralda.

—Hola, granjero —saludó, burlona.

Moore subió de un salto a la acera y se detuvo frente a ella, contemplándola durante unos instantes.

—Estás guapa —dijo.

—Celebro el elogio. ¿Qué tal va tu granja, Ethan?

—No puedo quejarme, Syra Drynn. ¿Y tú negocio?

—Viento en popa. Más clientela cada día.

—La dueña del Sun of Desert atrae a la gente, más que los juegos de azar y las bebidas que allí se ofrecen, ¿verdad?

—Puede ser. —Ella volvió a sonreír—. Estás completamente cambiado, Ethan —añadió.

—Te equivocas: soy el mismo.

—El mismo que me envió a la cárcel por una acusación injusta.

—La acusación era verdad y tú lo sabes mejor que nadie. Pero yo no tengo la culpa de que haya abogados venales, sin contar con otras especies de funcionarios, a quienes el brillo del oro vuelve ciegos y sordos, aunque, por desgracia, no mudos.

Syra irguió el busto orgullosamente.

—Era una acusación falsa —insistió.

—Estás en la calle, ¿qué más quieres? Por cierto, has madrugado mucho —observó él sardónicamente—. ¿A qué se debe que estés estropeando tu hermosa piel con el sol matutino y el polvo que levantan los pies de las personas trabajadoras?

Los ojos de la joven chispearon de cólera. En cierto modo, Moore tenía razón. Ella vestía una blusa sin mangas, carente de tela en la espalda, lo que permitía ver un torso de diosa. El resto de la

indumentaria, aparte del bolso, eran unos pantalones blancos, muy ceñidos, y zapatos de alto tacón, que elevaban todavía más la de por sí elevada estatura de la joven.

—A veces, también trabajo, aunque no lo creas, Ethan —contestó.

—Sí, conozco tu trabajo —respondió Moore—. Bien, yo tengo el mío, Syra. Adiós...

—Espera un momento, Ethan.

La mano femenina se apoyó en el tostado antebrazo del hombre, el cual quedaba al descubierto merced a la manga corta de la camisa caqui. Moore fijó la vista en Syra de un modo extraño. Ella, impresionada, enrojeció y retiró la mano.

—Nunca quisiste escucharme... —se lamentó.

—Te agradeceré me dejes en paz —cortó él heladamente—. Lo que yo he visto, nadie me lo puede desmentir; por eso no te puedo otorgar el beneficio de la duda.

Pasó por delante de ella y se metió en el almacén. Syra se mordió los labios.

De pronto, recordó que tenía las gafas oscuras en la mano y se las puso precipitadamente. No quiso que nadie viera las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos.

Enderezó el cuerpo y reanudó la marcha, taconeando firmemente. Sentíase decepcionada, pero procuró consolarse a sí misma. «Nada de lo que le diga hará cambiar a ese maldito terco», pensó.

Cuando salía con el último bulto en las manos, Moore oyó a «Chick» ladrar furiosamente. El perro, por fortuna, estaba sujeto con la correa.

Parado tras la furgoneta, había un coche de patrulla. Apoyado en uno de los guardabarros, un hombre sonreía irónicamente.

—¡Hola, Ethan! —saludó el policía—. ¿Cómo va tu locura?

Moore fijó la vista en el individuo. Era un sujeto de unos treinta y cinco años, que ya tendía a la obesidad. Moore conocía bien a Rim Broxton, quien ocupaba ahora el puesto que él dejara vacante pocos meses antes. El rostro, redondo, grasiento, estaba cubierto por una fina película brillante. La constante transpiración de Broxton y el desagradable olor corporal que el individuo despedía eran temas que habían sido objeto de innumerables comentarios en

el Departamento de policía de Neighton.

Lo realmente desagradable de Broxton no era precisamente su olor corporal. Alguien había dicho que su alma olía mucho peor. Y esto era lo que le convertía en realmente antipático a los ojos de Moore.

—Mi locura, como tú la llamas, marcha estupendamente —respondió el interpelado—. Al menos, duermo sin remordimientos durante la noche.

—Cuidado, Ethan —avisó Broxton—. Ahora ya no llevas un uniforme ni eres mi superior.

—De lo cual me alegro infinito, Rim.

«Chick» ladró de nuevo.

—Parece que no me tiene ninguna simpatía —comentó Broxton.

—A «Chick» le simpatizan las personas que resultan simpáticas a su amo —respondió Moore cáusticamente. Levantó la portezuela trasera, cerró y se dispuso a ir hacia el puesto de conductor.

Broxton le detuvo con una llamada:

—¡Ethan! Moore se volvió.

—Tengo prisa, Rim.

—Seré breve, no te preocupes. Los médicos dicen que Tom Mac Kenna sobrevivirá.

—Vaya, al fin me das una buena noticia.

—Tú le salvaste la vida, Ethan. Es un hombre con suerte... aunque le costará mucho salir adelante. La bala rozó su aorta.

—Me alegro de que sea como dices, Rim.

—Todavía está inconsciente. Ya sabes, tienda de oxígeno, tubo de plasma, tubo para alimentación intravenosa... Chico, tubos por todas partes.

—Al menos, está vivo.

—Sí, gracias a ti, Ethan, buen samaritano.

—Hice lo que cualquiera otro habría hecho en mi lugar. Adiós, Rim.

—¡Ayer probé una de las lechugas de tu huerto! ¡Son magníficas! —gritó Broxton. Pero Moore ya no le oyó; estaba muy ocupado en hacer arrancar la furgoneta.

CAPÍTULO II

El médico llegó al segundo piso y avanzó tranquilamente a lo largo del corredor. Era joven, corpulento, de muy anchos hombros y usaba un frondoso bigote, además de unas gafas de gruesa montura. En la mano llevaba una tablilla, con unos papeles sujetos por medio de una pinza.

Un policía dormitaba en una silla, junto a una de las puertas. Oyó pasos y alzó la cabeza.

—Hola —sonrió el médico.

—Hola, doctor —contestó el policía.

—Voy a tomar unos datos del paciente.

—Bien, doctor.

El policía bostezó aparatosamente. Luego estiró los brazos, para volver a los pocos instantes a la posición anterior.

En el interior de la habitación, el hombre de la bata blanca contempló durante un par de segundos al herido que yacía bajo la tienda transparente, la cual recogía el oxígeno de una botella situada cerca de la cabecera de la cama. Dos soportes metálicos sostenían los tubos que le proporcionaban suero y alimentación endovenosa.

El falso médico se acercó a la cama. Debajo de la tienda, el herido respiraba irregularmente. Bajo el pijama hospitalario, abierto a medias, podían verse los vendajes que rodeaban su torso.

De pronto, una mano cerró la espita del oxígeno. Luego, la misma mano cerró las llaves del tubo de suero y el de alimento líquido. El enfermo se agitó un poco.

Lenta y cautelosamente, el hombre de la bata blanca se retiró hacia la puerta. Abrió un poco.

El policía había vuelto a dormirse. Los dientes del falso médico

aparecieron al sonreír. Sin hacer el menor ruido, se retiró del lugar. El policía no se enteró siquiera de que el supuesto médico había abandonado aquella planta.

* * *

«Chick» ladró.

Moore, arrodillado, levantó la cabeza y suspendió su trabajo por unos momentos. A lo lejos, descendiendo por la pendiente que conducía al pequeño valle, se veía un automóvil.

—Calma, «Chick» —dijo Moore, y dio los últimos golpes de llave inglesa a la tuerca de la manguera.

Luego retrocedió unos pasos e hizo girar una llave de paso. El agua brotó inmediatamente por la triple salida de la manguera, que se puso a girar en el acto. Los chorros de fino líquido, realmente pulverizado, salían despedidos a cinco metros de distancia.

Moore sonrió satisfecho. Abrió más llaves de paso. Otras mangueras de riego por aspersión entraron en funcionamiento. La salida del agua pareció refrescar la temperatura.

El coche se acercaba ya. Moore palmeó la cabeza del can, que movía alegremente la cola.

—Ana está aquí ya —dijo.

El coche se detuvo a los pocos momentos frente al edificio principal. Una muchacha de pelo rubio y bonita figura se apeó del vehículo.

—Vaya, pues no es Ana —exclamó Moore. La recién llegada agitó una mano.

—¡Señor Moore! —gritó.

—Vamos, «Chick» —dijo el granjero.

Agarró la camisa y se la puso mientras caminaba hasta la casa. En el trabajo, solía estar con el torso al aire, aunque, a precaución, se cubría la cabeza con un sombrero de paja, de alas anchas.

—Señor Moore, soy Jessica Waldron —manifestó la joven—. Deseo hablar urgentemente con usted.

Moore contempló a la forastera durante unos segundos. Al fin, dijo:

—Entremos en casa, si no le importa. ¿Qué prefiere, café o una bebida fría?

—¿Hay cerveza? —preguntó ella ávidamente—. Este calor es horroroso...

—Hay cerveza —sonrió Moore—. Oiga, usted no es de estas tierras, señorita Waldron.

—Es cierto, soy de California —contestó la forastera—. Llegué ayer a Neighton y me hablaron de usted. Por eso estoy aquí.

—No vendrá a comprar mis tierras, supongo. Aparte de que no están en venta...

—Señor Moore, me han dicho en Neighton que fue usted quien recogió y llevó al hospital a Tom Mac Kenna.

El granjero puso dos botellas de cerveza sobre la mesa. Luego trajo los vasos y un abridor.

—Sí, lo encontré moribundo y lo llevé al hospital —admitió—. Pero se salvará, según mis últimas noticias.

—Está ensañado. Tom Mac Kenna murió ayer, a la una y media de la madrugada. Moore suspendió el viaje de su vaso de cerveza a la boca.

—No sabía nada —manifestó.

—¿No oye la radio? ¿No tiene televisor?

—Son dos aparatos que uso muy raramente. Lo siento, señorita Waldron, sobre todo si, como parece, tenía usted alguna relación con el pobre Mac Kenna.

—Era su abogado y, por su parte, él era mi representante —contestó Jessica—. ¿Sabe que, después de herirle, le robaron una serie de documentos muy importantes?

—No tenía la menor noticia. Yo me limité a transportarle al hospital, eso es todo, señorita.

—Entonces, tampoco sabe en qué consistían esos documentos. Moore hizo un gesto de impaciencia.

—Señorita Waldron, le conviene saber que, desde hace algunos meses, sólo me ocupo de mis propios asuntos. Y si Mac Kenna ha vivido algunos días más, se debe a que inesperadamente me surgió un contratiempo en el sistema de riego de mi granja y tuve que desplazarme a Neighton para adquirir las piezas que me faltaban. De lo contrario, Mac Kenna habría muerto desangrado en medio de la carretera, que es donde lo encontré yo.

Jessica se mordió los labios, mientras empezaba a pasearse por la estancia.

—Es un contratiempo gravísimo para mi cliente —dijo a media voz—. Corre peligro de quedarse sin sus propiedades.

—No entiendo...

De pronto, ella se detuvo ante el granjero.

—Señor Moore, quiero hacerle una proposición —manifestó.

—Usted dirá...

—Aunque no lo sepa, he oído hablar de usted. Sé que era segundo jefe de policía de Neighton y que dimitió porque no quería encubrir con su cargo ciertas irregularidades que le repugnaban grandemente. ¿Me equivoco?

—Es cierto —admitió él.

—Por eso se retiró a su granja. Pero ahora le ofrezco la ocasión de, seguramente, levantar la tapa de un pastel muy apetitoso de presencia, pero podrido por completo en el interior. Esta granja necesita financiación y yo se la podría conseguir, si usted me ayudase.

—Está muy bien enterada de mis cosas, señorita Waldron.

—He adquirido informes... Pero dejemos esto por el momento. Puede ganarse diez mil dólares si me ayuda. No me negará que es una suma que le vendría muy bien, ¿verdad?

—Evidentemente —convino Moore—. Lo que pasa es que no quiero mezclarme en más asuntos más o menos policiales.

Jessica inclinó el busto hacia adelante.

—¿Ni siquiera sabiendo que Mac Kenna, al fin, fue asesinado?

* * *

En medio de un completo silencio, Moore terminó su cerveza. «Dick», tendido en el suelo, contemplaba a los humanos, jadeando levemente.

—Antes dijo que Mac Kenna murió...

—Antes de la una de la madrugada, un médico entró y cerró todas las llaves: oxígeno, suero y alimento líquido.

—¡Pero había un policía de guardia!

—Cierto. Sin embargo, el policía dijo que reconoció al doctor Masterson y que por eso le dejó pasar. El doctor Masterson, sin embargo, jura que aquella noche no apareció por el hospital. Se metió en la cama a las diez y media, pero una hora más tarde, le

llamaron urgentemente. Era la señora Owens, antigua cliente suya, a quien tuvo que tratar de un pequeño ataque de histeria. La señora Owens, su esposo y dos hijos, además de una criada mexicana, han corroborado que el doctor Masterson estuvo en la casa hasta las dos de la madrugada.

—Eso significa que alguien tomó el aspecto del médico —dijo Moore, sumamente sorprendido por lo que acababa de escuchar.

—No cabe la menor duda. Pero yo estoy segura de que era preciso que se consumase la muerte de Mac Kenna.

—¿Por qué?

—Estaba vivo. Más o menos consciente, había hablado algo. Pudo reconocer al que disparó contra él, ¿no cree?

Moore arrugó el entrecejo.

—Ahora recuerdo...

—¿Sí? —dijo la visitante.

—Nada, no tiene importancia. Pero lo siento mucho; ya tengo mi propio trabajo y no quiero meterme en más líos.

—Son diez mil dólares, señor Moore. Podría ampliar su granja...

—Lo haré con el tiempo. No tengo prisa. Jessica pateó el suelo con gesto colérico.

—Usted quería limpiar Neighton de maleantes y hampones —exclamó—. Ye le ofrezco ahora la oportunidad y usted la rechaza. ¿Acaso desea que su ciudad se convierta en un antro de vicio y disipación?

—¿Acaso no lo es ya? —preguntó él con acento irónico.

—Hay grupos que quieren convertir a Neighton en una segunda Las Vegas. Usted lo sabe muy bien, pero a las gentes honestas y pacíficas ése es un programa que no les satisface en absoluto. Drogas, prostitución, juegos, inmoralidad de todas clases, ataques físicos... y hasta asesinatos. ¿Por qué no me ayuda, hombre?

Los ojos de Moore centellearon.

—Porque esas gentes honestas de que usted habla no me ayudaron a mí, cuando di los primeros pasos en ese sentido —respondió agriamente.

Jessica suspiró profundamente. Su busto, pequeño, pero de firmes curvas, se marcó con rotundidad bajo la liviana tela que lo cubría.

—Veo que se ha acobardado —dijo.

—No trate de estimular mi amor propio. Estoy bien como estoy.

—Sí, de la misma forma que esos árboles de ahí afuera están bien vegetando tontamente —contestó ella con acento burlón.

Moore se encogió de hombros.

—¿Más cerveza?

—No gracias; casi me entran ganas de vomitar la que he bebido.

—Si quiere, le enseñaré el camino del baño, señorita Waldron. Ella soltó un bufido.

—Señor Moore, ¿cómo consiguió usted la granja? —preguntó repentinamente.

—La heredé de mi padre —contestó él, extrañado—. Y su padre vino aquí un día, hace años, y perforó hasta que encontró una vena de agua.

—Sí. Es el único pozo que hay en muchas millas a la redonda, salvo los que surten a Neighton, claro. Todo lo demás, es desierto puro...

—Se equivoca. Debajo de estas tierras, corre un río subterráneo de enorme caudal. Moore abrió la boca.

—No puedo creerlo...

—Mac Kenna era un reputado geólogo, además de un competente topógrafo. Durante mucho tiempo, recorrió estas tierras y, al fin, llegó a la conclusión de que, en el valle que comienza precisamente aquí, hubo en tiempos remotísimos un gran río que, casi de repente, se hundió en el seno de la tierra. Pero la corriente no ha cesado de fluir, aunque su profundidad es grande y oscila entre los ciento cincuenta y trescientos metros, por término medio. Además y esto es lo curioso, el valle tiene dueño. Alguien lo compró hace muchísimos años. Creyó que encontraría uranio y otros minerales valiosísimos, pero no se le ocurrió pensar que, debajo del desierto, hay algo que vale infinitamente más que todos esos minerales: agua.

Moore estaba atónito.

—Es la primera noticia que tengo...

—Mac Kenna había reunido ya todos los documentos. Incluso tenía los títulos de propiedad del valle. En su portafolios figuraban los resultados de los análisis y el plan de trabajos que él había elaborado para hacer aflorar los primeros caudales de agua.

—Me deja usted petrificado —exclamó Moore.

—Esos documentos han desaparecido ya. Pero quizá se encuentren, si es que hay alguien con ánimo de intentarlo. Usted, no, por supuesto.

Jessica tomó el bolso que se había dejado en la mesa y caminó hacia la puerta.

—Siento haber perdido el tiempo —dijo.

«Chick» ladró con fuerza en aquel momento.

CAPÍTULO III

Moore corrió hacia la puerta. El coche estaba ya a menos de cien metros de la casa. Era un descapotable de color amarillo y los tipos que ocupaban el asiento delantero le hicieron recelar desde el primer momento.

—Señorita Waldron, será mejor que se esconda —dijo en el acto. Ella parpadeó. «Chick» seguía ladrando furiosamente.

—¡Vamos, obedezca!

La voz de Moore hizo reaccionar a la joven, quien corrió a ocultarse tras una puerta, justo en el momento en que se detenía el coche amarillo. Sus ocupantes se apearon en el acto.

Moore los reconoció inmediatamente. Eran Hill Morrison y Clay Norton, dos hampones con los que había tenido más de una fricción en los tiempos en que llevaba un uniforme.

—Hola —sonrió Norton—. Bonita granja, Ethan.

—No está mal —contestó Moore desde la veranda. «Chick» había dejado de ladrar, pero ahora gruñía sordamente—. ¿Puedo servirles en algo, caballeros?

Morrison sacó una navaja automática, hizo saltar la hoja y empezó a limpiarse las uñas con gesto afectado.

—Nos hemos enterado de que su granja prospera mucho —dijo—. A la gente le gustan mucho sus productos, Ethan.

—Trabajo adecuadamente, eso es todo, Hill.

—Sí, el trabajo siempre rinde. Pero, a veces, hay quien se aprovecha de ese trabajo, sin necesidad de deslomarse plantando lechugas o recolectando tomates. A nosotros nos gustaría que usted trabajase tranquilo, sin miedo a los ladrones y vándalos que podrían destruir sus plantaciones.

—Y le costaría muy barato; sólo quinientos mensuales —añadió

Norton. Moore apretó los labios.

Los planes de aquellos sujetos estaban claros. Ciertamente, no obraban por iniciativa propia, pero daba lo mismo.

Alguien había decidido «inaugurar» en Neighton un sistema de protección a comerciantes y empresarios.

—Lo siento, no necesito protección de ninguna clase —dijo.

La navaja de Morrison se movió fulgurantemente. Una hermosa rosa roja que había brotado de un rosal trepador, plantado al pie de la veranda, voló por los aires.

El tacón de Norton aplastó la flor. Norton sonreía.

—Lástima —dijo—. A mi amigo se le ha ido la mano.

—Yo creo que le conviene pagar —añadió Morrison.

Y alzó el brazo, dispuesto a cortar otra rosa, pero Moore dijo:

—No toque la flor, Hill.

Morrison le miró burlonamente. Había bajado el brazo, pero volvió a levantarlo. Cuando la navaja se acercaba al tallo de la flor, un pie golpeó la muñeca armada.

Morrison aulló y se tambaleó.

Moore saltó hacia adelante, con la cabeza gacha. Norton resopló al recibir el impacto en el pecho. Cayó de espaldas, pataleando, sin aliento. Moore se incorporó de un salto.

—Tenía ganas de hacer lo que antes me impedía el uniforme —dijo.

Morrison empezaba a recuperarse. El joven se fue hacia él, agarró su pechera y luego disparó el puño derecho con demoledores efectos.

Un cuerpo humano rodó por tierra. Norton se incorporaba ya, todavía aturdido, pero con el suficiente conocimiento para sacar del bolsillo un revólver de cañón corto.

«Chick» se arrojó aullando sobre él y mordió la muñeca armada. Moore se volvió y pudo contemplar si hampón dando vueltas frenéticamente, tratando en vano de librarse de las mandíbulas del can, férreamente sujetas a su antebrazo.

El arma había caído ya por el suelo.

—¡Quítame este maldito perro de encima! —vociferó Norton. Moore sonrió.

—¡Suéltalo, «Chick»!

El can obedeció de inmediato, aunque quedó ladrando

furiosamente a pocos pasos de distancia. Moore se acercó al rufián y disparó sucesivamente los dos puños.

Una manguera entró en funcionamiento pocos segundos más tarde. El chorro de agua cayó sucesivamente sobre los dos hampones desmayados, quienes, gradualmente, empezaron a recobrar la consciencia.

Al fin, Morrison y Norton se incorporaron, empapados por completo, aturdidos y coléricos.

Norton blandió su puño.

—¡Me las pagará! —amenazó torvamente.

El chorro de agua, ahora a toda potencia, le dio de lleno en el rostro, haciéndole vacilar. Norton trastabilló, resbaló en el barro que se había formado y acabó por caer con los pies por alto.

—¡Fuera, cerdos! —ordenó Moore.

Morrison corrió hacia el coche, perseguido por un largo chorro de agua. Norton tuvo que gatear, pero, al fin, consiguió alcanzar la portezuela derecha.

El automóvil arrancó. Cuando ya viraba, algo voló por los aires y golpeó el parabrisas por la parte de adentro, causándole algunas estrías. Luego, el revólver cayó rebotado en el regazo de su dueño.

Sonaron algunas palmadas.

—¡Bravo, magnífico! ¡La mejor pelea que he visto en los días de mi vida! —Aplaudió Jessica, en la puerta de la casa.

Moore se volvió, sonriente.

—¿Lo ha visto? —preguntó.

—Estaba en la ventana del dormitorio —contestó ella—. Por supuesto, no se dieron cuenta de mi presencia aquí.

—Mejor para usted. Y ahora, si me lo permite, he de volver al trabajo. Jessica dejó de sonreír.

—Señor Moore, quizá le convenga saber que, si se aflora el agua del río subterráneo, esta región desértica puede convertirse en un vergel maravilloso —dijo—. Al hampa de Neighton no le conviene que este asunto siga adelante; si hay agua, vendrán colonos, labradores, incluso rancheros... Como en los tiempos antiguos, ¿comprende? Y a esta clase de gente, aunque no les disgusten ciertas diversiones, odian, sin embargo, otra clase de vida y el hampa no podría prosperar en Neighton. Sencillamente, sus planes de convertir la ciudad en una segunda Las Vegas, como ya le he

dicho, se irían al diablo.

Jessica descendió los cuatro escalones que llevaban de la veranda al suelo del patio.

—Pero claro, eso a usted no le importa en absoluto; con tal de vegetar a gusto...

De pronto, Moore sacó una navaja. Cortó una rosa, la olió levemente y se la entregó a la joven.

—Recuerdo de su visita a

Moore's

Farm —dijo.

* * *

Terminó de llenar el depósito del motor y luego lo engrasó cuidadosamente. Al terminar, lo puso en marcha. El motor ronroneó de forma satisfactoria, enviando energía al generador de electricidad.

El amperímetro señaló la intensidad suficiente. Entonces, Moore conectó el motor eléctrico y el agua empezó a subir hasta el depósito elevado que luego la repartiría por gravedad por todas las secciones de la granja.

Entonces llegó el coche. «Chick» ladró alegremente.

Moore se limpió las manos con un trapo. Una hermosa mujer, cuyos cabellos estaban cubiertos por un pañuelo rojo, se apeaba del vehículo en aquellos instantes. Vestía blusa roja y pantalones blancos, cortos, lo que permitió al dueño de la granja ver unas piernas realmente preciosas.

Syra Drynn se quitó las gafas ahumadas que protegían sus ojos del fuerte sol que lucía en aquellos momentos.

—Después de cruzar seis kilómetros de desierto, esto es un oasis —dijo. Moore la contempló especulativamente.

—Tengo lechugas, tomates, cebollas, cebollitas tiernas, patatas, sandías, melones, melocotones... ¿Qué es lo que deseas?

—No he venido a comprarte nada, aunque si tanto te empeñas, aceptaré un melocotón, Ethan Moore.

—Entra en casa —dijo él.

—Ah, me invitas a franquear el umbral de tu morada.

—¿Por qué no? Lo que pude hacerte tiempo atrás fue por causa

del cargo. Ahora ya no tengo nada contra ti.

—Conforta oír hablar de esa manera —dijo Syra, cáusticamente.

Una vez en el interior, Moore puso delante de la joven una fuente repleta de jugosos melocotones.

—Cogidos del árbol esta misma mañana —dijo.

—Tienen un aspecto maravilloso. —Syra acercó un melocotón a su boca—. Y Mac Kenna ha sido, al fin, asesinado —añadió, antes de pegar el primer mordisco.

—Lo sé —contestó él.

—Ah, te relacionas con el mundo exterior. Moore le entregó una servilleta de papel.

—El jugo te resbala por la barbilla —dijo—. No soy un anacoreta —agregó.

—Pero lo pareces, Ethan.

—Estoy bien aquí —contestó él.

—Sí, alejado del mundo y de sus pompas, vanidades y tentaciones. Esta granja te ha venido a las mil maravillas para curarte la decepción sufrida, me imagino.

—Pues no diría yo que no. Aquí, al menos, vivo tranquilo. Trabajo mucho, pero duermo ocho horas de un tirón.

—¡Qué felicidad! —suspiró ella—. Clay Norton ha tenido que ir al dentista. Le ha sacado un diente que le quedó flojo hace un par de días.

—No me digas.

—Al coche de Wolf Hunnicut han tenido que ponerle parabrisas nuevo. Alguien le tiró una piedra.

—Fue un revólver, Syra.

—Te visitaron y les diste una buena, Ethan.

—Más me gustaría decir que les di un escarmiento, pero esa clase de tipos no escarmientan más que de una forma.

—Sí, cuando se encuentran a los pies de un sepulturero. Ten cuidado, Ethan; Hunnicut está muy furioso.

Syra terminó el melocotón y dejó el hueso en un plato. Luego se limpió las manos con un par de servilletas de papel.

—¿Quieres pasar al baño? —sugirió él.

—No, gracias. Sólo he venido a decirte cómo piensa Hunnicut.

—Te lo agradezco, pero has perdido el tiempo. Demasiado me lo imagino.

—No eres nada sociable —se quejó ella—. Todavía te acuerdas...

—Todavía me acuerdo de la dueña de un local, que expendía drogas, que fue encarcelada y a la que un abogado venal sacó de la cárcel.

—¡Por falta de pruebas!

—Encontré drogas en tu despacho, Syra.

—¡Alguien las puso allí! Moore rió suavemente.

—Bonita excusa —dijo—. Pero ya no me importa nada.

—¡Nada te importa ya a ti! —exclamó ella, muy irritada—. Sólo te interesa vivir tranquilamente, vegetando como uno de tus frutales...

Moore dejó de sonreír bruscamente.

—Esa frase la he oído yo antes de ahora —dijo—. Por casualidad, ¿has hablado con Jessica Waldron?

—Sí —admitió ella de mala gana.

—Y te ha pedido que intercedas conmigo.

—Bueno, lo que ella quiere es justo, me parece.

—¿Te lo ha contado todo?

—¿Es que no quieres que se descubra al asesino de Mac Kenna? Tu antiguo jefe es un gandul, que se pasa el día calentando la silla de su despacho. Broxton hace solamente lo que le manda Hunnicut... aunque también admite «propinas» de otros. El único decente eres tú... y presentaste la dimisión por una tontería.

—No era una tontería, Syra, pero no quiero seguir discutiendo más el asunto. Además, por lo que has dicho, sospecho que Jessica no te lo ha contado todo.

—Ella mencionó solamente el asesinato de Mac Kenna... ¿Es que hay más, Ethan?

—Si no me mintió, en su visita, sí, mucho más de lo que salta a la vista.

—No entiendo...

—Syra, Jessica te ha visitado para que vengas a verme y consigas que yo la ayude.

Cuando vuelva a verte, dile que te lo cuente todo, hasta el último detalle.

—Eso también podrías hacerlo tú, creo.

—No. Tiene que ser Jessica. Así sabré si es sincera o me mintió.

—Está bien, aunque podrías anticiparme algo...

—Hermosa, he sido policía —contestó él.

—Comprendo. Quieres comparar.

—Exactamente. Ah, otra cosa. El tipo debe de ser nuevo quizá en Neighton. Yo no le conozco, pero... tiene media cara comida de viruelas. Es un caso muy raro, aunque también puede que tenga algunas marcas en el otro lado de la cara.

—¡Slim Pattern! —exclamó Syra inmediatamente.

—Ah, lo conoces...

—Suele venir por mi local. Apuesta siempre unos dólares, bromea con las chicas y luego se marcha. ¿Por qué te interesa ese tipo?

—Mejor que no lo sepas. ¿Otro melocotón?

—No, gracias.

Syra se encaminó hacia la puerta.

—¿Vives solo? —preguntó.

—Tengo un ama de llaves, Ana González, pero ahora está de viaje, a visitar unos parientes. No tardará mucho en volver.

—La casa es bonita, pero necesita los cuidados de una mujer.

—Sí, se echa a faltar.

—Una mujer joven, atractiva...

—Ya la encontraré algún día, descuida. Ah, Syra, querría hacerte una pregunta.

—Dime, Ethan.

—Ya sabes por qué estuvieron aquí Morrison y Norton. ¿También a ti te han ido a ofrecer «protección»?

Los hermosos ojos de Syra se oscurecieron un instante.

—Sí —contestó.

—¿Cuánto?

—Dos mil quinientos. Moore silbó.

—Piensas pagar —dijo.

—Me amenazaron con el ácido, Ethan.

—Quemar una cara tan bonita —se indignó él.

Syra inspiró con fuerza y sacó el busto, con gesto significativo.

—Otra cosa querían quemar —dijo.

Los ojos de Moore brillaron con un ramalazo de pasión, pero logró dominarse.

—Entonces, paga —aconsejó.

Syra sonrió burlonamente.

—No tengo otro remedio, ya que no puedo pedir protección a tu sucesor en el cargo —repuso.

Y se dirigió hacia la puerta, pero cuando ya tenía los pies en el patio, Moore la llamó:

—¡Espera!

Syra se volvió, Moore le ofreció una rosa recién cortada. Ella olió la flor con una profunda aspiración.

—Esto es para endulzar la negativa —sonrió.

Moore sonrió también. De pronto, antes de que pudiera decir nada algo chocó con terrible fuerza contra uno de los postes que sostenían la marquesina.

CAPÍTULO IV

El estampido de la detonación llegó medio segundo más tarde. Moore reaccionó fulgurantemente. Saltó hacia la joven, agarró uno de sus brazos y la hizo agacharse al pie de la veranda.

Se oyó otro disparo. El segundo proyectil hizo volar astillas del pasamanos.

—No... nos tiro... tirotean... —tartamudeó Syra.

—Esos disparos van dirigidos contra un granjero que fue policía en tiempos —respondió él ceñudamente.

De pronto, oyeron el distante rugido de un motor que arrancaba a toda velocidad. Moore se puso en pie.

—Ya ha pasado el peligro —anunció.

Ella se incorporó, sin el menor rastro de color en la cara. Vaciló un poco y Moore tuvo que sostenerla con su fuerte mano.

—Será mejor que entres en casa —recomendó él—. En la cocina hay café. Tómate un par de tazas. Yo iré enseguida.

Syra asintió sin pronunciar palabra. Moore se quedó solo.

Durante unos minutos, estudió los efectos de los disparos y procuró localizar visualmente el punto aproximado desde el que se había situado el tirador. Luego empezó a buscar con toda atención.

Un cuarto de hora más tarde entró en la casa, con un objeto en la mano, que dejó sobre la mesa junto a la cual se hallaba Syra.

—Sólo he encontrado una —dijo.

Syra contempló atónita el proyectil deformado que tenía junto a sí.

—Una bala...

—«Remington 300». Probablemente, del mismo calibre y, ¿quién sabe también?, hasta salida del rifle que mató a Mac Kenna.

—¿Cómo lo sabes?

—Le dispararon con un rifle; sobre esto, no hay duda alguna, puesto que la bala no se quedó en el cuerpo. Si le hubieran tirado con pistola, tendrían que haber disparado desde muy cerca, para lograr buena puntería y, aun así, el proyectil habría quedado dentro del pecho. Pero el que le dispararon traspasó limpiamente su cuerpo.

—Han disparado dos veces contra ti...

—Sí, desde la curva del camino, cuando ya inicia la pendiente. Se domina bien la casa y sólo hay doscientos metros. Pero más bien creo que no querían matarme.

—¿Por qué lo dices? Moore sonrió.

—Hermosa, aun con visor telescópico se necesita siempre buena puntería cuando se quiere acertar a un hombre a doscientos metros. El visor telescópico ayuda, ¿qué duda cabe?, pero si no se tiene buena puntería, hay que acercarse, como sucedió en el caso de Mac Kenna a quien, seguramente, dispararon desde menos de cincuenta metros...

—Pero iba en un coche —alegó Syra.

—Seguramente pondrían un obstáculo en el camino, a fin de obligarle a detenerse.

Luego retiraron ese obstáculo...

—Debieran haberte hecho jefe de policía —exclamó la joven vivamente. Moore sonrió.

—No, gracias; tal como están las cosas, no me interesa —respondió. Syra se sonrojó.

—Lo dices por mí, ¿verdad?

—Tú no eres la única.

Ella se puso en pie y agarró el bolso.

—Tengo que irme —dijo—. ¿No correré peligro?

—Los disparos iban contra mí, Syra.

—De todos modos, celebro que no te hayan acertado.

—Seguramente, eran una especie de advertencia para que pague la «protección» que me solicitaron.

—Y pagarás...

—No. Ah, por favor, no te olvides de hablar con Jessica Waldron. Dile que te cuente todo lo que me dijo a mí, sin omitir detalle. Quiero ver si es sincera.

—Está bien. Gracias por la rosa, Ethan.

Moore sonrió. Ella subió al coche, dio el contacto y arrancó.

«Chick» se frotó contra las piernas de su dueño. Moore estuvo en la misma posición, hasta que vio el coche de la joven desaparecer a lo lejos, en la llanura elevada. Luego se quitó la camisa y volvió al trabajo.

A media tarde, llegó un taxi, en el que viajaba una mujer de unos cincuenta años, acompañada de un sinnúmero de bultos. «Chick» ladró alegremente y saltó con gran alborozo en torno a la recién llegada. Moore acudió a recibirla y la besó afectuosamente en una mejilla.

—¿Todo bien, Ana?

—Estupendo, señor —contestó el ama de llaves, mientras abría el bolso para pagar el taxi—. Tengo toda la familia perfectamente y... ¿Cómo van las cosas por aquí, señor?

—Como siempre —respondió él—. Ana, guarde su dinero, yo me encargaré de pagar el taxi.

—Gracias, señor. ¡«Chick», si no te estás quieto, acabarás rompiéndome las medias! —protestó el ama de llaves.

Moore se echó a reír. Agarró dos maletas y caminó hacia la casa, seguido por la mujer.

Ana le había hecho una pregunta y él había mentido, pensó. No, las cosas no marchaban como siempre.

* * *

El desagradable olor corporal de Broxton hirió su pituitaria apenas se situó frente a la mesa de trabajo.

—Hombre, Ethan —exclamó el subjefe de policía—. ¡Cuánto bueno por aquí! ¿Podemos servirte en algo?

Impasible, Moore dejó dos objetos sobre la mesa. Broxton los contempló con ojos atentos.

—Parecen dos balas —dijo.

—«Son» dos balas. Una llegó a mi casa. La otra es la que hirió de gravedad a Mac Kenna.

—¿Cómo? —Respingó el policía.

—Se me ocurrió revisar el coche, que por cierto sigue en el mismo sitio. La bala entró por el lado izquierdo del parabrisas, atravesó oblicuamente el cuerpo de Mac Kenna, atravesó también el

respaldo delantero y acabó alojándose en el mullido del asiento posterior. Es la que se ve en mejores condiciones; la que encontré en mi casa, a fin de cuentas, rebotó en un poste, tropezó con un leño y se hundió a la tierra, lo que le causó más deformaciones que en el otro caso.

—Pe... pero ¿qué tengo yo que ver con todo esto?

—Nada —contestó el joven plácidamente, a la vez que se encaminaba hacia la puerta—. No tienes nada que ver con estas dos balas.

Broxton reaccionó y se puso en pie de un salto.

—¡Escucha, Ethan! Aquí sabemos muy bien lo que debemos hacer —barbotó—. No quieras ahora dártelas de detective aficionado, ¿entiendes?

—Todo lo contrario, Rim; lo único que yo quiero es ayudar a la justicia. ¿Cómo podría yo dedicarme a investigar por mi cuenta, habiendo un departamento de policía tan competente?

Broxton lanzó una maldición entre dientes.

—Has dicho que dispararon contra ti —gruñó—. ¿Por qué no formulas una denuncia?

—¿Para qué? No pude verle la cara al que disparó contra mí. Adiós, Rim.

Moore abandonó la oficina y se alejó calmamente. Cruzó la calle, sentándose a poco en un bar, cuyo mostrador estaba situado bajo una marquesina abierta, de modo que desde allí podía dominar una vasta extensión de terreno.

Pidió una cerveza. Apenas se la habían servido, vio salir a Broxton y subir a uno de los coches oficiales, que arrancó de inmediato. Tranquilamente, apuró la cerveza. Luego pagó y su tarde, no lejos de un pretencioso edificio de planta y primer piso, con un monumental rótulo luminoso que estaba apagado, dada la hora, poco más de mediodía.

Esperó muy poco, menos de cinco minutos. Broxton salió del edificio por una puerta lateral, subió a su coche y se marchó.

Entonces, Moore se apeó de la furgoneta y, sin prisas, cruzó la calle.

—No se puede pasar —dijo Norton hoscamente.

Moore sonrió.

—¿Ha resultado elevada la factura del dentista...? —preguntó.

Norton enrojeció y soltó una maldición. Sin hacerle caso, Moore señaló con una mano la puerta de paneles de roble que había a espaldas del sujeto.

—Anda, avisa a tu jefe. Dile que quiero hablar con él.

Norton volvió a gruñir, pero acabó por abrir la puerta. Entró en la habitación y salió a los pocos instantes.

—Entre —dijo hoscamente.

Wolf Hunnicut estaba en pie, junto a una mesita con servicio de licores. Era un sujeto de mediana edad, más bien bajo y algo regordete, pero en sus ojos, pese a su constante sonrisa de afectada simpatía, había una dureza diamantina.

Moore lo sabía muy bien.

—Me han dicho que quería hablar conmigo —dijo Hunnicut, sin volver la cabeza—. ¿En qué puedo serle útil, Moore?

—He venido a pedirle una moratoria, Hunnicut.

—¿Una moratoria? ¿Qué diablos tengo yo que ver...?

—Ando mal de dinero. Por tanto, no puedo pagar quinientos dólares por la protección que usted me ofrece. Pero si tanto aprecia mi integridad, usted me ofrecerá esa protección gratuitamente, hasta que disponga de fondos suficientes, ¿no es eso?

Hunnicut se volvió hacia el visitante.

—No sé de qué me está hablando —manifestó.

—Bueno, quizá Norton y Morrison actuaron por propia iniciativa —contestó el joven sonriendo—. Le preguntaré a Norton...

—¡Espere! —gritó Hunnicut, alarmado y desconcertado a un tiempo—. Vamos, Moore, diga de una vez qué diablos quiere.

—¡Pero si ya se lo he dicho! —Sólo quiero que tenga un poco de paciencia, hasta que pueda pagarle esos quinientos dólares mensuales. Ahora, la verdad, ando un poco escaso de fondos y...

Las cejas de Hunnicut se juntaron en su centro.

—Está bien, le concedo la moratoria —dijo—. Y ahora, lárguese. Tengo trabajo.

—Magnífico. Muchas gracias, Hunnicut. Ah, y diga a sus hombres que no se preocupen por mí: en mi casa tendrán toda la comida y la bebida que necesiten.

—Pero ¿qué está diciendo...?

—Está claro, ¿no? Si sus hombres van a protegerme, tienen que residir en mi casa. Pero no se preocupe; tengo un ama de llaves que es una magnífica cocinera.

—Mire, Moore, lo mejor será que se vaya de una vez. Ya hemos hablado bastante —contestó Hunnicut de muy mal humor.

—Sí, me marchó ahora mismo, y gracias por la moratoria... Hombre, ahí veo dos balas de un «Remington 300»...

Hunnicut se volvió vivamente hacia la mesa y hasta alargó una mano, pero la retiró enseguida.

—¡Aquí no hay balas de rifle! —vociferó dándose cuenta del desliz cometido.

—¡Caramba, entiende usted mucho de armas! Enseguida ha sabido que el «Remington 300» es un rifle y no una pistola. Bueno, no quiero molestarle más, amigo Wolf. Gracias otra vez por todo. Cuando tenga dinero, repito, vendré a pagar sus servicios de protección. Adiós.

Moore salió con la sonrisa en los labios, mientras oía a sus espaldas unos atroces juramentos. Norton le miró con expresión malévola.

—Al jefe le duele mucho la úlcera —dijo el joven amablemente—. Será mejor que llame al doctor Masterson para que le recete un calmante.

Norton parpadeó. Tranquilamente, sin ser molestado, Moore buscó la escalera.

Cuando llegaba al final, se encontró con un tipo que se disponía a subir al primer piso.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —preguntó el individuo hoscamente.

Moore le miró de arriba abajo. Por su corpulencia, Kit Brook podía ser el que...

—Estás muy cambiado ahora, Kit —dijo—. Sin bata blanca, sin lentes y sin bigote, eres muy distinto. Pero con todo eso puesto, podrías pasar por el doctor Masterson, sobre todo, si te mirase un policía soñoliento.

Brook palideció horriblemente. Abrió la boca, pero no pudo decir nada. Moore continuó su camino. Momentos después, estaba en la calle.

A pocos pasos de la puerta había parado un coche, con dos hombres en el asiento delantero. Moore reconoció a uno de ellos y, con un impulso irresistible, se acercó al vehículo.

—Hola, Slim —dijo al que estaba sentado junto al conductor—. ¿Has limpiado bien tu «Remington 300»?

Los ojos de Slim Pattern eran muy claros, de mirada glacial. Ni siquiera chispearon al oír aquellas palabras.

Moore contempló el agujereado lado izquierdo de la cara de Pattern. Una curiosa manifestación de las viruelas que había padecido el sujeto muchos años antes, pensó.

—Pero no te preocupes —dijo sonriendo—. El jefe tiene ya el proyectil que hirió a Mac Kenna. Lástima que no muriese de inmediato, ¿verdad?

Pattern y el otro permanecían silenciosos. Moore se irguió.

—Mac Kenna pudo hablar antes de morir —añadió—. Lástima que no pueda repetir lo que vio ante un jurado.

Los dos esbirros seguían callados. Moore se marchó en busca de su automóvil, que había dejado estacionado a prudente distancia.

Cuando ya iba a entrar, un hombre se situó ante él.

—Si no le importa, iré con usted, Moore —dijo.

El joven miró al sujeto que tenía frente a sí. En el lado izquierdo de su chaqueta se notaba un abultamiento hartos significativo.

—¿Tan pobre es el señor Ganz? —preguntó, irónico. Hal Eastly no hizo caso de la burla.

—Entre y conduzca —ordenó secamente.

—Sí, señor.

Moore no necesitó preguntar adónde debía guiar el coche. Minutos más tarde, se detenía ante un fastuoso edificio, pero Eastly le hizo estacionar el automóvil en la explanada posterior.

—Venga conmigo —dijo.

Los dos hombres cruzaron una puertecita de servicio y subieron al primer piso. Había otro sujeto ante una puerta lujosamente decorada.

—Tuck, dile al jefe que ya estamos aquí —habló Eastly.

* * *

Walter Ganz llenó dos vasos altos y ofreció tino a su visitante.

Ganz era un hombre alto, distinguido, apuesto, de sienes plateadas. Moore le sabía rival encarnizado de Hunnicut.

—Apuesto algo a que Hunnicut le ha hecho una buena oferta —dijo, después del primer sorbo.

—Se equivoca, Walter —contestó el joven—. ¿Por qué iba a hacer una buena oferta a un simple granjero?

—Vamos, vamos, Ethan; usted es el mejor policía que ha tenido Neighton desde que la fundaron el siglo pasado. Pero también le encuentro a usted un tanto remilgado.

—Es cuestión de opiniones, Walter.

—El jefe de policía es un inepto. Broxton es un mulo con dos patas. Usted podría ser un magnífico jefe de policía... si quisiera volver al cargo, claro.

—Usted tiraría de los hilos, ¿verdad?

—Sólo le pediría neutralidad en... algunas cosas. Mire, ni siquiera tocaría el asunto de las drogas, se lo prometo. Pero un hombre de su clase podría prosperar mucho a mi lado.

—Walter, ¿por qué me ha hecho venir, si conoce mi respuesta? Ganz suspiró.

—Debía intentarlo —se justificó—. Le admiro, Ethan, créame que le admiro, aunque actitudes como la suya no conducen a ninguna parte. Dígame, por favor, sólo una cosa, se lo ruego encarecidamente.

—¿Sí?

—Usted recogió a Tom Mac Kenna. ¿Ha dicho Hunnicut algo de los documentos que éste llevaba consigo y que no se han encontrado?

—¿Documentos? No sé de qué me está hablando, Walter. Lo único que he hecho ha sido pedirle una moratoria.

Ganz puso cara de idiota al oír aquellas palabras.

—¿Moratoria? Pero ¿qué diablos...?

—Hombre, está claro. Norton y Morrison vinieron a ofrecerme «protección» por quinientos dólares al mes. Ahora ando escaso de fondos y he ido a decirle a Hunnicut que tenga un poco de paciencia, hasta que mis negocios marchen mejor. Hunnicut, comprensivo, ha accedido. Eso es todo, Walter.

Ganz frunció el ceño.

—De modo que también se ha metido ahora en estos asuntos —

dijo—. Es completamente nuevo para mí, Ethan.

Moore se dirigió hacia la puerta.

—Pues ya lo sabe. En cualquier momento pueden venir dos empleados de Hunnicut a solicitarle un donativo para los servicios de protección. A usted, dado el negocio que tiene, no le pedirán menos de cuatro o cinco mil dólares al mes.

—Los recibiré a palos —exclamó Ganz, colérico.

—Tendrá que ser a tiros —rió el joven, mientras abría la puerta.

Detrás de él, Ganz se descompuso y empezó a vomitar interjecciones. Pero muy pronto se serenó y llamó a Eastly.

—Hal, tenéis que vigilar a Moore —dijo.

—¿Sólo eso, jefe?

—Nada más. Bueno, lo que quiero es que... por ahora, no le ocurra nada.

—Vaya, yo creía...

—Tú no debes creer nada más que lo que yo te diga. Evita que le pase algo, como sea, ¿estamos?

—Bien, jefe, lo que usted mande. Si no le importa, me llevaré a Tuck Leyden conmigo.

—De acuerdo, pero antes envía a Lafe Willis: que se quede en el sitio de Leyden.

—Entendido.

Poco después, Leyden y Eastly vieron que Moore salía del Sagamore Hotel. Moore subió a su coche y se encaminó al Sun of Desert, del que salió unos minutos más tarde, con la decepción claramente pintada en su rostro.

A cinco kilómetros de la ciudad, un coche se atravesó súbitamente en el camino. Dos hombres, armados con sendas pistolas, corrieron hacia la furgoneta.

—¡Salga! —gritó uno de ellos—. Ahora mismo.

Moore, sorprendido, obedeció. Puso las manos en alto y dejó que le registrasen.

Los dos pistoleros le eran desconocidos. Empezó a sospechar vagamente que Hunnicut tenía más gente empleada de lo que había pensado en un principio.

—Está bien —dijo uno de ellos—. No tiene armas.

—¿Puedo saber, por favor, qué piensan hacer conmigo? —preguntó Moore con notoria cortesía.

—El desierto es muy grande —respondió uno de los pistoleros significativamente.

CAPÍTULO V

Los ojos de Moore recorrieron el panorama circundante. La llanura se extendía por todas partes, hasta donde alcanzaba su vista. En algunos puntos se divisaban pequeños cerros, con altos y delgados promontorios, resultado de la erosión de miles de siglos. Pero incluso aquella planicie estaba surcada por grietas y barrancadas, en las que el cuerpo de un hombre podía perderse para siempre.

—Vamos, camine —dijo uno de los pistoleros.

Moore echó a andar. Desesperadamente, buscó la forma, de salir de la gravísima situación en que se encontraba. Podía correr, pero las balas serían más rápidas que él. Sin embargo, le fastidiaba bastante dejarse matar como un cordero.

—¿Y la furgoneta? —preguntó de súbito uno de sus acompañantes.

—Luego la esconderemos. Él es primero...

La voz del sujeto se quebró súbitamente, trocándose en un alarido de agonía. Moore oyó el crepitar de varios disparos que se producían a sus espaldas y, sin pensárselo dos veces, saltó hacia adelante y rodó velozmente sobre sí mismo.

Los pistoleros se retorcían frenéticamente, mientras las balas llovían sin piedad sobre ellos. Encogido sobre sí mismo, Moore, a través de los dedos de una mano, pudo ver a dos sujetos, con sombrero de ala caída sobre los ojos, que disparaban ferozmente contra los hombres que habían estado a punto de asesinarle.

Extrañamente, aquellos dos individuos le respetaban. ¿Por qué no disparaban contra él?

Los pistoleros se agitaban débilmente. Con perfecta calma, los otros cambiaron los cargadores de sus armas y enviaron otra lluvia de balas a los cuerpos de sus víctimas, hasta que éstas dejaron de

moverse.

Entonces, los dos sujetos, dieron media vuelta y echaron a correr. Cinco segundos más tarde, Moore oyó el rugido de un motor que arrancaba a todo gas.

Lentamente, se puso en pie. Todavía estremecido por el pánico sufrido durante aquellos agónicos momentos, se acercó a los pistoleros.

Uno de ellos, sorprendentemente, respiraba todavía. Moore se arrodilló a su lado.

—¿Quién les ordenó matarme? —preguntó.

Pero el hampón estaba ya en los últimos segundos de su vida. De pronto, un violento chorro de sangre brotó de su boca. Su cuerpo se convulsionó un instante y luego se quedó quieto.

Moore se puso en pie. Reinaba un silencio absoluto.

Miró en todas direcciones. Muy a lo lejos divisó una nubecilla de polvo que disminuía de tamaño con gran rapidez. Sus salvadores regresaban a Neighton a toda velocidad.

De pronto, tomó una decisión. De nada serviría ir a la ciudad a denunciar lo ocurrido. Nada podía hacerse ya por sus frustrados asesinos y lo único que conseguiría, tal vez, sería más complicaciones. No era una actitud digna, se reprochó a sí mismo, aunque sí conveniente en tales circunstancias.

Poco después, estaba en casa. «Chick» salió a recibirle con el alborozo de costumbre.

Ana asomó a la puerta.

—¿Todo bien, señor Moore?

—Todo bien, Ana —mintió el joven.

* * *

El coche se detuvo frente a la casa. Syra se apeó y miró a su alrededor. A lo lejos se oía un ruido de motor.

A través de unos frutales, Syra pudo ver a Moore conduciendo un tractor. El ama de llaves hizo acto de presencia.

—Señorita... Syra se volvió.

—He venido para hablar con el señor Moore, pero no tengo prisa —sonrió—. Le esperaré en la veranda, si no tiene inconveniente.

—Como guste. Siéntese y le traeré algo fresco.

—Muchas gracias, señora.

Apenas se había sentado, llegó «Chick» a la carrera, atravesando las plantaciones. El perro ladró alegremente, a la vez que meneaba la cola repetidas veces. Syra le acarició la cabeza. «Chick» emitió unos gruñidos de placer. Luego se tendió a su lado.

El tractor llegó poco más tarde, tripulado por su conductor, quien lo dejó en un cobertizo. Moore se detuvo al pie de la veranda momentos después.

—No te esperaba, Syra —dijo. Ella sonrió.

—Sé que hace dos días estuviste a verme —dijo—. Lo siento, había ido a la peluquería.

—Sí, es cosa lógica. —Moore subió lentamente los escalones—. ¡Ana, cerveza, por favor! —gritó desde la puerta. Luego se volvió hacia ella—. ¿Algo de nuevo, Syra?

—Hablé con Jessica, quien me contó todo lo referente a las tierras y al río subterráneo.

—¡Cielos, Ethan!, si eso se confirma, Neighton puede convertirse en un paraíso —exclamó la joven.

—Parece ser que Mac Kenna hizo un buen descubrimiento. Yo también quise hablar con Jessica, pero no estaba.

—Se ha ido a San Francisco. Me dijo que quería hablar con su cliente, el que, según parece, es dueño de todas estas tierras.

—Salvo las de mi granja.

—Bueno, eso ya lo sé. Jessica volverá dentro de unos días, quizá acompañada de su cliente.

—¿Sabes quién es?

—No, eso no me lo quiso decir, por más que insistí. Pero ahora empiezo a comprender algunas de las cosas que están pasando en Neighton.

—Lo celebro, Syra. ¿Puedo servirte en algo? Ella le miró penetrante.

—Sé que estuviste hablando con Hunnicut —dijo.

—Es cierto. Syra suspiró.

—He tenido que pagar dos mil quinientos dólares —declaró.

—Debiste haber hecho como yo —sonrió Moore.

—¿Qué hiciste, Ethan? —preguntó ella, invadida por la curiosidad.

—Simplemente, le pedí una moratoria. No podía pagar su

«protección». Hunnicut, muy gentil, accedió a mi petición. ¿Ves qué sencillo?

Syra se indignó.

—¡Yo hablé con él y no quiso ceder en un solo centavo! Bueno, sí —añadió—, hubiera podido obtener gratis esa protección, pero a un precio que me pareció inaceptable.

—¿Qué precio, Syra?

Eli a enrojeció vivamente.

—¡Idiota! Usa la cabeza —contestó. Moore se echó a reír.

—En medio de todo, es preciso reconocer que Hunnicut tiene buen gusto —dijo.

—Ethan Moore, si has pensado algo... algo sucio acerca de mí, estás muy equivocado —protestó Syra vivamente—. Admito que mi negocio induce a opiniones equivocadas, pero yo no soy de la clase de mujer que crees.

—Por todo lo cual, te felicito sinceramente.

—Te estás burlando de mí. Eso no me gusta en absoluto, Ethan.

—Soy sincero, insisto. Celebro infinito tu... honestidad, Syra. Ella se puso en pie rápidamente.

—Ethan, eres un hombre y no puedes evitar pensar como tal —dijo—. Y no tengo ganas de sacarte de tu error. Sí, es cierto que mi pasado no es muy limpio que digamos y que mi negocio desagrada a muchos, pero las cosas no son cómo crees. He tenido que trabajar duramente; no he conocido a mi padre y mi madre murió cuando yo tenía solamente ocho años. Tú no puedes imaginarte siquiera lo que he tenido que pasar en esta vida, hasta llegar a mi posición actual.

—Syra, nada me desagradaría más que ofenderte indebidamente... pero sigo acordándome de cierto hecho sucedido cuando yo llevaba todavía un uniforme. Lo siento, pero en este aspecto no puedo variar de opinión.

—No te pido que la cambies —respondió ella.

—Gracias.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, Syra dijo:

—De todos modos, la vida de granjera no me gusta.

—Despectivamente, añadió: —Tendría que levantarme con el sol, preparar el desayuno, cuidar de los críos, lavar la ropa del marido y de los hijos, esperar a que el señor de la casa volviese del trabajo y tenerle la pipa y las zapatillas preparadas... y atenderle en

todo... como debe atenderle una esposa a su esposo. No, gracias, esa clase de vida no es para mí.

—Por eso diriges un local con bar y salones de juego, ¿verdad?

—Al menos, gano dinero, Ethan.

—Nadie lo niega, Syra. Lo único que deseo es que sigas prosperando.

—Gracias. —Syra se disponía ya a poner el pie en el primer peldaño cuando, de pronto, pareció recordar algo y se volvió hacia el joven—. Anteayer encontraron los cadáveres de dos hombres, salvajemente acribillados a balazos. ¿Qué sabes de este asunto?

Moore se puso las manos en el pecho.

—¿Yo? Es la primera noticia que tengo —contestó.

—Estás mintiendo, aunque, desde luego, sé que tú no podrías hacer una cosa semejante.

—Gracias, hermosa.

—Eran dos «ejecutores» que Hunnicut acababa de traer. Al menos, eso es lo que se rumorea. Y los cuerpos aparecieron a unos tres kilómetros de esta granja.

—En casa no tengo yo más que un revólver y una escopeta de caza, Syra.

—Sé que tú no fuiste. Adiós.

—¡Espera un momento!

Ella se detuvo, ya al pie de la veranda. Moore cortó una rosa y se la entregó.

—No te vayas de vacío —sonrió.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de la joven. Olió la flor un momento y luego subió al coche.

—Una chica guapa de veras —dijo el ama de llaves a espaldas de Moore—. Lástima de oficio; si no fuese así, sería la esposa que usted necesita.

—Estoy bien soltero —gruñó Moore.

—¡Ja, ja! —se rió Ana.

* * *

El hombre salía del bar, cuando, de repente, oyó una voz a su derecha:

—Hola, Slim.

Pattern se volvió en el acto. Sus ojos miraron inexpresivamente al hombre que le había saludado.

—Creí que era usted enemigo de la vida nocturna —dijo.

—Vivo solitario en una granja. A veces, se necesita un poco de distracción.

—Entonces, diviértase —bufó el pistolero.

—Sí, con tu miedo, Slim.

Pattern había dado ya un par de pasos y se volvió bruscamente al oír aquellas palabras.

—¿Qué quiere decir? —Gruñó.

—Mac Kenna habló antes de morir, Slim. Uno de los que le atacaron tenía media cara comida por las viruelas.

—Nadie ha dicho nada...

—Algunos, han callado... Otros no callarán... Y tu jefe lo sabe. Pattern emitió una maldición entre dientes.

—Por cierto, ¿dónde está el portafolios de Mac Kenna? —preguntó Moore—. ¿Se lo entregaste a Hunnicut?

—Eso no le importa...

—Se lo entregaste, Slim.

La mano del pistolero entró repentinamente en su chaqueta. Pero casi en el acto, volvió a sacarla.

Moore soltó una risita.

—Aquí, no; hay demasiada gente —dijo—. Ni siquiera Broxton podría librarte del atolladero.

—Algún día le...

—¿Habrás «algún día» para ti, Slim? Hunnicut tiene ya la cartera y sabe que Mac Kenna reconoció a uno de sus asaltantes. Puede que empiece a pensar que resulte comprometedor ser relacionado con uno de los asesinos de Mac Kenna. Entonces, como es lógico, buscará librarse de ese compromiso. Imagínate cómo lo hará, Slim.

A medida que hablaba, la frente del imperturbable pistolero se cubría de finísimas gotas de sudor. Moore volvió a reír y, separando su espalda de la pared, echó a andar.

Pattern no se había movido ni siquiera de su sitio.

CAPÍTULO VI

El Sun of Desert era un local no demasiado grande, aunque sí montado con lujo y, sobre todo, bastante a gusto. Moore consumió algunos dólares en las tragaperras del espacioso vestíbulo y luego entró, para dirigirse al bar, de larguísimo mostrador, en donde una escotadísima camarera, entre dengues y sonrisas, le sirvió un *whisky* doble.

Sentado en un taburete, recorrió la sala con la vista. En una mesa de ruleta, Syra dirigía el juego, aunque había un *croupier* que se encargaba de cobrar y pagar las jugadas. La joven aparecía espectacularmente hermosa, apreció Moore.

Syra vestía un traje blanco, de seda gruesa, con gran escote en «y» y la espalda desnuda. En la mano llevaba una larga boquilla, con un humeante cigarrillo al extremo. El pelo parecía una pirámide de color ala de cuervo, sujeta por varios hilos de perlas muy pequeñas.

Pasados unos minutos, Moore fue a la caja y cambió algunas fichas. Luego esperó hasta tener un hueco libre frente a Syra.

Ella le vio y no pudo contener un gesto de sorpresa, aunque pronto recobró su expresión habitual. Moore empezó a apostar.

Una hora más tarde, contó las fichas. Los cien dólares iniciales se habían convertido en mil quinientos. Entonces, decidió que era mejor no seguir tentando a la suerte.

Syra se levantó, encaminándose hacia una puertecita situada en uno de los ángulos de la sala. Moore cambió las fichas y se embolsó los billetes.

Momentos después, abrió la puerta. Syra estaba llenado dos copas.

—Sabía que vendrías —dijo, sin mirarle.

—Me conoces un poco —sonrió él.

—He aprendido a conocerte. Por eso sé que te gusta el jerez. Moore olió el vino.

—Es bueno —elogió.

—Todo lo que hay aquí es de la mejor calidad. ¿Cuánto has ganado, Ethan?

—Mil quinientos. Espero no haber hecho tambalear tu economía, hermosa.

—No faltan tontos que me hagan recobrar lo perdido. Pero, sinceramente, no esperaba verte por aquí.

—A veces, uno tiene ganas de divertirse un poco, Syra.

—¿Jugando solamente a la ruleta?

Ella le miraba, maliciosa, por encima de la copa. Moore continuaba sonriendo.

—Hay muchas diversiones para un hombre joven y no mal parecido —contestó.

—Por ejemplo, una chica guapa.

—Puede ser.

—¿La has encontrado ya?

—Quizá. Lo que pasa es que ella es muy seria.

—La seriedad, a veces, encubre otras cualidades.

—¿Por ejemplo?

—Un carácter apasionado.

—¿Es así el tuyo?

—No has tenido ocasión de comprobarlo, Ethan.

—Tal vez no se ha presentado esa ocasión, Syra.

—Porque no lo has intentado. Ni creo que lo intentes. Todavía te acuerdas de algo que encontraste en este mismo despacho.

Moore apuró la copa y la dejó a un lado.

—Eso es cierto —admitió—. A propósito, ¿sabes algo de Jessica?

—Sí, telefoneó esta tarde. Llegará mañana.

—Vendré a verla. Gracias por el jerez; es realmente buenísimo. Syra corrió de pronto hacia él.

—¿Ethan? —dijo ansiosamente.

—¿Sí?

—He oído cosas... En estos sitios, siempre se escuchan rumores... La mayoría de las ocasiones son verdades...

—¿Y bien?

—Los dos tipos que aparecieron el otro día, acribillados a balazos... Se dice que iban a matarte...

Moore se echó a reír.

—La gente, a veces, es fantástica —dijo—. No hagas caso de rumores, preciosa. El pie derecho de Syra golpeó el suelo con violencia.

—¡Pero es que yo sé que es cierto! —exclamó.

Moore la miró intrigado. Syra estaba a un paso de él, con la respiración muy alterada, lo que se reflejaba en los rápidos vaivenes de su busto.

De repente, antes de que pudiera decir nada, sonaron varios disparos en las inmediaciones.

Syra, asustada, se abrazó a Moore. Los brazos del joven rodearon instintivamente su cintura.

—No temas —dijo.

Junto a su pecho, sentía el cálido latir del corazón de la joven. De nuevo, como días atrás, se sintió asaltado por un ramalazo de pasión.

—Esos tiros... —gimió ella.

—No tengas miedo —insistió Moore—. Cerca de aquí hay un callejón muy adecuado para liquidar a la gente.

—¿A quién han matado, Ethan? —preguntó Syra.

—Seguramente, al mismo que mató a Mac Kenna. Vuelve a la sala y continúa tu trabajo con normalidad. Y no te preocupes por un asesino que ha recibido su merecido.

* * *

Cuando llegó al callejón, había un gran número de curiosos, contenidos apenas por algunos policías. Varias lámparas iluminaban el cuerpo caído en el suelo.

Moore alargó el cuello. La sangre no era suficiente para ocultar por completo una cara, cuya mitad izquierda estaba llena de viruelas.

—Quien a hierro mata... —murmuró.

Broxton llegó en aquel momento, vociferante y pomposo. Moore procuró pasar desapercibido. De pronto, vio que Broxton perdía el color.

Sonriendo para sus adentros, se alejó de aquel lugar. Los comentarios de la gente eran para todos los gustos.

Moore oyó un comentario de un testigo que había oído los disparos muy cerca de aquel lugar. Ello le dio una idea, que decidió poner en práctica inmediatamente.

Minutos después entraba en un pequeño bar, discretamente iluminado con luces indirectas. La dueña era una rolliza cuarentona, que sonrió anchamente al ver a su nuevo cliente.

—¡Ethan, cuánto me alegro de verte! —exclamó—. ¿Qué vas a tomar ahora?

—Cualquier refresco, siempre que no tenga alcohol. He bebido ya un par de copas y no quiero seguir por ese camino, Nancy Haskins.

Había algunos clientes en el bar. Dos parejas charlaban discretamente en sendas mesas. Un individuo bebía pausadamente en el otro extremo del mostrador.

Nancy trajo la bebida y apoyó al mismo tiempo los codos y su obeso pecho en el mostrador.

—Esta ciudad se está convirtiendo en una Sodoma y Gomorra de los tiempos modernos —dijo.

—Sí, Nancy.

—Muchas muertes en pocos días. Hace poco, han «apiolado» a otro. Si no hubieses dejado el cargo, las cosas serían muy distintas, Ethan.

—Ya sabes por qué lo hice, Nancy —sonrió él—. Mi estómago tiene unos límites muy bien definidos.

—Sí, lo comprendo —suspiró ella—. Y no creas que no justifico lo que hiciste... pero nos hubiera convenido tanto que siguieras en tu puesto...

Moore emitió una sonrisa de circunstancias. De pronto, señaló con la cabeza al hombre sentado en el otro extremo.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Oh, entró bastante mareado —respondió Nancy—. Pidió una copa, bebió la mitad y ahora está dormido...

—¿Lo crees así?

Moore abandonó el taburete y se acercó al borracho.

—Hola, Kit Brook —saludó. El sujeto alzó su cabeza.

—Hola... Nancy, otra... otra copa... —tartajó.

La dueña del bar vaciló, mientras consultaba con la mirada a Moore. Éste hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, le traeré la otra copa —accedió—. ¡Pero ni siquiera ha acabado la primera!

—Necesitará las dos, Nancy —sonrió Moore—. Necesitará un par de buenos tragos, para que se le pase el susto que le van a dar, cuando examinen su pistola y vean que es la misma que ha servido para matar a Pattern hace tan sólo unos minutos.

Al oír aquellas palabras, Brook alzó la cabeza vivamente.

—No estás borracho, Kit —dijo el joven.

La mano de Brook fue velozmente al interior de su chaqueta. Moore fue más rápido todavía y golpeó la muñeca con el canto de su mano.

Brook aulló y soltó la pistola. Moore le golpeó en la mandíbula y lo lanzó con los pies por alto.

Sonaron unos grititos de susto.

—Caima, señoras —dijo el joven—. No ha pasado nada. Nancy, avisa a la policía. Llama a Broxton, que venga él en persona.

—Sí, Ethan.

La pistola de Brook había caído al suelo. Moore la apartó prudentemente con la punta del pie derecho.

Brook seguía en el suelo sin conocimiento. Moore, tranquilamente, se puso un cigarrillo en los labios.

El pistolero despertó pocos minutos más tarde. Sacudió la cabeza y trató de levantarse, pero un pie le sujetó por el cuello.

—Sigue ahí, Kit; la policía va a llegar de un momento a otro —dijo.

—Oiga, esto que hace es un atropello...

—Encontrarán tu pistola y echarán en falta unas cuantas balas, la mayor parte de las cuales están en el cuerpo de Slim Pattern.

La cara de Brook aparecía cenicienta.

—Y, ¿sabes otra cosa?, la policía comparará las huellas del hombre que desconectó los tubos que mantenían vivo a Mac Kenna con las tuyas. Hay cosas que ni el más amigo puede pasar por alto, ¿comprendes...? —añadió Moore.

Broxton llegó en aquel momento.

—¿Qué pasa aquí? —vociferó. Moore se apartó a un lado.

—Rim, ahí tienes al asesino de Pattern. Su pistola está en el

suelo; haz que comparen las balas que quedan con las que hay en el cuerpo de la víctima. También puedes ordenar que comparen las huellas de Brook con las del hombre que se hizo pasar por el doctor Masterson.

Broxton tenía la boca abierta. Ni siquiera se había acordado del revólver que empuñaba con la mano derecha.

—Se fingía borracho, pero no lo estaba —gritó Nancy tranquilamente.

—Calla —aconsejó Moore—. Bien, Rim, ¿qué haces ahí parado?

—Tú no eres mi jefe —gruñó Broxton.

—Pero soy un ciudadano que paga sus impuestos, de los cuales sale tu sueldo, y exijo que se haga justicia. He formulado una acusación contra Brook y estoy dispuesto a sostenerla. ¿Vas a cruzarte de brazos?

Había algunas personas más, atraídas por la llegada del policía. Algunas eran habitantes de Neighton y conocían bien a los dos hombres.

—Vamos, Rim, haz lo que te dice Ethan Moore —dijo uno.

—Hay un testigo que afirmó haber visto a un hombre corpulento escapar del callejón, después de que sonaran los tiros —dijo el joven—. No podrá asegurar que es el hombre que asesinó a Pattern, pero las balas de esa pistola, comparadas con las que hay en el cuerpo de la víctima, no podrán mentir.

Broxton sudaba copiosamente. Para Moore, era evidente que se sentía muy incómodo y que hubiera deseado estar a mil millas de aquel lugar.

Pero había cosas que no podía eludir.

—Andando, Kit —gruñó.

—Estaba aquí cuando sonaron los tiros —protestó Brook—. No tiene derecho a...

—Eso es mentira —exclamó Nancy, indignada—. Llegó «después» de que sonasen los tiros.

Broxton empujó a su prisionero hacia la calle. El pistolero se volvió y dirigió a la dueña de la cantina una maligna mirada. Nancy le sacó la lengua.

—Los tipos como Brook me dan asco —dijo—. ¿Quieres una copa, Ethan? Cortesía de la casa, claro.

Moore sonrió.

—No quiero ofenderte, rechazando la invitación... De pronto, sonaron un par de gritos en el exterior:

—¡Alto, alto! ¡Quieto, maldito!

Una mujer chilló. Casi en el acto se oyeron un par de estampidos.

Todos los que estaban en la taberna volvieron instintivamente la mirada hacia la puerta. El silencio se había hecho densísimo.

Un hombre apareció de pronto en el umbral.

—Broxton llevaba un prisionero, éste se le escapó y... Moore agitó la mano.

—Nancy, la copa —pidió—. Si no tomo pronto un trago, voy a vomitar.

Momentos después, salía de la cantina. A cincuenta o sesenta pasos, un grupo de gente contemplaba algo caído en el suelo. Ya se oía a lo lejos la sirena de la ambulancia.

Broxton hablaba con algunos de sus subordinados, que habían acudido al oír los tiros. De pronto, Moore vio a dos hombres que contemplaban el espectáculo, aunque algo apartados del gentío.

Sin pensárselo dos veces, se encaminó hacia ellos.

—Hola —dijo.

Norton y Morrison se volvieron al mismo tiempo. Sonriendo, Moore metió una mano en el bolsillo. Inmediatamente, los dos pistoleros echaron mano a sus armas.

—Calma, muchachos —sonrió Moore—. ¿Acaso piensan que voy a emprenderla a tiros con ustedes, aquí, en plena calle? Hombre, no les quiero tan mal... aunque bien es cierto que el otro día tuvimos unas palabritas. Pero entre personas decentes, no es de buen gusto conservar los rencores, así que pelillos a la mar y... Bien, aquí tienen, amigos. Moore había sacado un Fajo de billetes y separó diez de cincuenta, que entregó al aturdido Norton.

—La «cuota» era de quinientos, ¿no? Díganle a su jefe que me envíe el recibo por correo. Buenas noches.

Cuando se separó de los dos estupefactos hampones, quienes no habían despegado los labios en ningún momento, unos sanitarios colocaban en la ambulancia el cadáver de Kit Brook.

Mientras caminaba, Moore se puso un cigarrillo en la boca, pero estaba tan preocupado que no se acordó de encenderlo.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, previa una llamada telefónica, llamó con los nudillos a una puerta. Una voz de mujer sonó al otro lado:

—¡Pase!

Moore hizo girar el pomo y cruzó el umbral. La voz de Jessica Waldron volvió a oírse:

—¿Moore?

—Sí, señorita...

—Estoy en el baño. Saldré enseguida. Si tiene sed, sírvase de beber.

—Gracias.

En aquellos momentos, seis y media de la tarde, ninguna de las bebidas que había en la mesita de licores apetecía al visitante. Lo único que hizo fue poner unos cubos de hielo en un vaso alto y añadirles unos chorros de soda.

Jessica salió poco después, envuelta en una espectacular bata con cuello y puños de plumas rojas. La bata parecía hecha de gasa sanitaria, pero en seda.

—Se ha retrasado mucho —acusó ella, a la vez que le tendía la mano.

—Señorita Waldron, soy un modesto granjero que se levanta con el sol y que no siempre puede disponer de su tiempo. Cuando llamé por teléfono esta mañana, lo hice más bien para cerciorarme de su presencia en la ciudad.

—Está bien, está bien, queda disculpado —rió ella—. Pero ¿no bebe más que agua?

—En estos momentos, no, señorita Waldron.

—Puritano —le increpó la joven—. Pero llámeme Jessica, se lo ruego.

—¿Qué noticias trae usted?

—Es rápido, ¿eh? —Jessica se sentó en un diván con una copa en la mano derecha, y golpeó el asiento con la mano libre—. Venga aquí, hablaremos con más comodidad —invitó.

—Si usted lo dice...

—Lo dice el sentido común: siempre se está mejor sentado que de pie. —Jessica tomó un trago—. He hablado con mi cliente. Vendrá dentro de poco a Neighton.

—Oh. ¿Qué más?

—La pérdida de los documentos es un contratiempo gravísimo. ¿Cómo podríamos hacer para recuperarlos?

—¿Por qué no va a la policía? Ella hizo una mueca.

—¿La de Neighton? Ethan, usted sabe mejor que nadie lo que sucede. Perdería el tiempo.

—Lo siento, yo no puedo hacer nada.

—Le prometí diez mil si...

—Jessica, olvídalo. Pero puedo darle un consejo.

—¿Sí?

—Vaya a ver a Wolf Hunnicut. Trate de arreglarse con él.

—¿Me toma por tonta? Diría que no sabe nada...

—Háblele de Pattern y de Brook. Quizá así atienda a razones.

—¿Quiénes son esos dos tipos, Ethan?

Moore se lo explicó. Jessica frunció el ceño y se inclinó un poco hacia adelante, para apoyar los codos en las rodillas.

—La cosa es seria —dijo al cabo.

—Lo es —convino Moore.

—Yo me pregunto si, en interés de mi cliente, no habría otra salida...

—Jessica, usted dijo que su cliente es dueño de la mayor parte de los terrenos donde se supone ha de haber agua.

—Sí, Ethan. Pero los documentos de propiedad fueron robados...

—Habrá un registro oficial, supongo. Pida que le expidan un duplicado.

—¡Hombre, no es mala idea! Mañana mismo iré al registro. Gracias, Ethan.

—Es un consejo gratuito —sonrió él—. A propósito, ¿por qué no ha venido su cliente con usted?

—Tardará algunos días. Ha ido a visitar a unos parientes en

Oregón.

—Oiga, para ser dueño de unos terrenos que pueden valer millones, es un hombre muy desinteresado —se extrañó Moore.

—Ethan, voy a decirle la verdad. Hace veintitantos años, mi cliente cometió un asesinato. Se salvó por un pelo de la cámara de gas, pero fue condenado a cadena perpetua. No obstante, con reducciones por buena conducta, ha conseguido salir en libertad después de veintidós años.

Moore silbó.

—Unas buenas vacaciones —comentó. Jessica se estremeció.

—Yo me moriría si ahora me dijese que he de pasar veintidós años en la cárcel —dijo.

—Usted no ha cometido ningún asesinato —sonrió él. De pronto, se puso en pie—. Llámeme en cuanto sepa algo del registro. Tengo teléfono en la granja.

—¿Cómo? ¿Se marcha ya?

—Claro. Hemos hablado... Jessica se le acercó, sonriendo.

—¿Tiene algo urgente que hacer, Ethan?

Moore contempló a la joven. De pronto, le pareció que no era una muchacha como aparentaba.

Jessica era de mediana estatura, delgada, pero con un cuerpo muy bien formado. El maquillaje, muy hábil, reducía años. «Tiene de treinta a treinta y dos», calculó.

Pero era terriblemente atractiva.

—Usted vive como un anacoreta... —musitó ella—. ¿No cree que, de vez en cuando, le sentaría bien un poco de... expansión?

—Puede ser.

—Seguro.

Volvieron a mirarse. Jessica se aproximó a su visitante...

* * *

Mucho más tarde, ya entrada la noche, Moore fue a tomar una cerveza al bar de Nancy Haskins. La mujer se alegró de verle.

—Todo bien por aquí —dijo.

—Pero Brook está muerto —sonrió él.

—Fue una fuga muy oportuna, ¿no crees?

Un hombre se acercó al mostrador en aquel momento, con un

periódico en la mano.

—¡Fíjate, Nancy! ¿Has leído la noticia? Gus Hackett ha sido puesto en libertad hace cuatro días.

—Pero tenía cadena perpetua, creo —exclamó la mujer.

—Por lo visto, observó buena conducta en el presidio y... Hola, Ethan —saludó el hombre.

—Hola, Mike —contestó Moore—. Ese tal Hackett, ¿es amigo tuyo?

—Bueno, hasta cierto punto... Esto es algo que ocurrió hace veintitrés años lo menos... Cuando estaba en Neighton, Hackett no era muy sociable... Se pasaba el día en el desierto, buscando oro. ¿Lo recuerdas, Nancy?

—Mike Olsen, en aquella época yo era una niña —contestó la dueña de la taberna, muy enojada.

Moore contuvo una sonrisa. Veintitrés años atrás, Nancy debía de tener otros tantos. Pero no convenía provocar su enojo.

—Siga, Mike —dijo—. Anda, Nancy, pon de beber para los dos.

—Gracias, Ethan —contestó Olsen—. De todos modos, el crimen no se produjo en Neighton, sino en San Francisco. La mujer y la hija de Hackett se vieron obligadas a emigrar y ya no se volvió a saber de ellas.

—Tiene usted buena memoria, Mike —comentó el joven.

—Bueno, modestia aparte, creo que era el único amigo de Hackett. Yo le prestaba herramientas en más de una ocasión... Estaba un poco loco: compraba hectáreas y hectáreas de puro desierto, esperando tal vez un día dar con una *bonanza* de oro...

El *whisky* estimuló a Olsen, quien siguió dando más detalles de la vida que Hackett había llevado en la población veintitantos años antes. Moore no dejó de captar el detalle singular.

Jessica había omitido dar el nombre de su cliente. Quizá no tenía importancia, pero...

Al cabo de un buen rato, se despidió. Nancy, quedó con el locuaz Olsen y otros hombres de cierta edad, quienes siguieron comentando el crimen de Hackett. Salió a la calle y aspiró el que por las noches era ya aire puro y frío que llegaba del cercano desierto.

La calle Mayor estaba en plena ebullición. Garitos, *dancings*, locales de diversión centelleos de miles de bombillas de todos los

colores... Sí, Neighton estaba en camino de convertirse en una segunda Las Vegas, aunque, por supuesto, todavía le faltaba mucho. Lo que había ahora en Neighton no era sino la centésima parte de lo existente en Las Vegas.

Pero el crimen organizado parecía haber llegado ya a la ciudad. Y se preguntó si no sería posible evitar que, cegados por el espejismo del oro, los habitantes de Neighton se sumergieran en la abyección y la miseria.

No era un puritano y sentía la alegría de vivir, pero había cosas con las que no podía transigir. Sin embargo, después de su dimisión, tenía las manos atadas.

De pronto, sin saber cómo, se encontró frente al local de Hunnicut.

* * *

Aunque la calle estaba brillantemente iluminada, siempre había puntos de total oscuridad, donde un hombre podía pasar completamente desapercibido. Moore estudió el edificio durante largo rato.

Una vez consultó su reloj. Por fortuna, no era sábado, lo que haría que los espectáculos y las salas de juego acabasen por sí solos a una hora relativamente temprana. Neighton no absorbía aún los suficientes turistas para mantener abiertos los espectáculos hasta la madrugada, durante toda la semana.

Esperó, no tenía prisa. Una hora más tarde, vio detenerse un coche policial en las inmediaciones.

Broxton se apeó del vehículo y entró en el local. No se le podía reprochar nada; como representante de la ley, su deber era hacer la ronda.

Pero Moore quiso hacer una prueba. Dando un ligero rodeo, se acercó al edificio por detrás.

Allí había una explanada completamente a oscuras, destinada al estacionamiento de automóviles. En aquellos momentos, había muy pocos.

Moore miró a derecha e izquierda. Sobre su cabeza, a unos tres metros y medio, había una cornisa de unos treinta o cuarenta centímetros de ancho. Un poco más arriba, se veían algunas

ventanas. En dos de ellas se advertía luz, a pesar de las espesas cortinas corridas en el interior.

Se preguntó cómo podría llegar hasta la comisa. De pronto, se le ocurrió una idea.

Buscó entre los automóviles.

No tardó en encontrar uno que tenía puesta la llave de contacto. Maniobró con gran cuidado, procurando hacer un mínimo de ruido, y llevó el coche hasta pegarlo a la pared. Luego, por el *capot* llegó al techo. Ahora tenía su mentón a la altura de la cornisa. Izarse hasta aquella estrecha plataforma resultó sencillo.

Las ventanas quedaban a unos noventa centímetros de la cornisa. Moore se arrodilló junto a una de ellas. Le hubiera gustado levantar el bastidor, pero no se atrevió a hacerlo. Sin embargo, había un medio...

Su oreja izquierda quedó pegada al vidrio. Era como un fonendoscopio proporcionado por la naturaleza. Los sonidos que se producían en el interior de la estancia llegaron apagados, pero nítidos, a sus tímpanos.

Sonrió.

Sí, tal como había sospechado, Broxton se hallaba en el despacho privado de Hunnicut.

—Me... me pareció que Brook podía resultar compro... comprometedor —decía el venal policía en aquel momento—. Ese maldito Moore lo supo adivinar... Delante de testigos yo no podía contradecirle... Y Nancy Haskins también metió la pata...

—Deje que yo me ocupe de Nancy —gruñó Hunnicut—. Ahora, cuénteme lo que sepa de ese abogado de San Francisco.

—Bueno, ha venido por el asunto de los documentos...

—Eso ya lo sé, imbécil. ¿Ha averiguado algo más?

—Todavía, no, señor...

—Sígala constantemente, conviértase en su sombra. Y si se pone pesada, enciérrela...

—¡Pero no ha cometido ningún delito!

—Estupendo... Invénteselo, Broxton... aunque, como digo, sólo si se pone pesada. Ya puede marcharse.

—¿Eso es todo, señor Hunnicut? —preguntó Broxton con acento decepcionado.

—¿Quiere algo más? No irá a pedirme una paga de Navidad,

ahora en mayo, ¿verdad?

Ya cobra bastante todos los meses, así que lárguese y déjeme en paz.

—Está bien, como usted mande —contestó el policía mansamente.

Moore se descolgó silenciosamente y se alejó con paso rápido. No quiso mover el coche, para no hacer ruido que pudiera alarmar a Hunnicut. En el calor de la discusión, el ruido podía haberle pasado desapercibido. Ahora estaba solo en su despacho y podía extrañarse de que un coche se moviera directamente bajo sus ventanas.

La memoria del joven era excelente, casi fotográfica. Nancy se sorprendió de verle nuevamente.

—Creí que te habrías marchado a casa...

—Tengo que escribir una carta —sonrió él—. ¿Puedes prestarme papel y sobre?

—Claro. Ven a mi cuarto... ¿A quién vas a escribir a estas horas de la noche? Moore sonrió sibilinamente.

—Quizá lo sepas muy pronto —contestó.

* * *

A la mañana siguiente, la señora Broxton anunció a su esposo que alguien había dejado una carta al pie de la puerta, pero por la parte interior.

Broxton, con el escaso cabello revuelto y el estómago protestando por las copas de más que había tomado la víspera, abrió la carta y empezó a leer su contenido.

Al terminar, las piernas se negaban a sostenerle. El contenido de la carta era una reproducción casi literal de la conversación sostenida con Hunnicut.

La carta no decía más, ni si quiera contenía una amenaza o una acusación. Pero Broxton se daba cuenta claramente de lo que significaba aquel comprometedor documento.

Sintió ganas de llorar. En aquel momento, maldijo la ambición que le había llevado a aquel punto. Pero, por otra parte, sabía bien que estaba metido de lleno en un engranaje del que le resultaría muy difícil salir.

Había una solución, ciertamente, pero a Broxton le gustaban la buena vida y los lujos... y no tenía ahorrado nada, de modo que no podía escapar de Neighton, que habría sido lo más sensato.

Tenía que seguir adelante, se dijo. Y, a fin de cuentas, aquel papel no era una prueba legal.

—El desayuno —gruñó.

De pronto, se acordó de que tenía que seguir a Jessica Waldron.

CAPÍTULO VIII

El perro ladró alegremente. Moore, con el torso desnudo y la cabeza protegida por un sombrero de paja, se incorporó para contemplar a la visitante.

Syra se detuvo a pocos pasos de él, con la sonrisa en los labios.

—He venido a comprar productos frescos de tu granja — anunció. Moore se limpió las manos en los costados de los pantalones.

—¿Qué es lo que quieres?

—Verduras frescas para mi dieta, tomates, algunos melones,... Oye, los melocotones del último día eran exquisitos.

—Puedo venderte unos cuantos kilos. A precio de productor, claro está.

—Mucho más barato que en la tienda.

—El comerciante tiene que ganarse la vida, ¿no...?

Moore dejó la llave inglesa con la que había estado apretando unas tuercas de una manguera de irrigación y se acercó a un árbol, del que arrancó un par de melocotones, uno de los cuales fue a parar a manos de Syra.

—Obsequio de la casa —dijo. Ella mordió la fruta. Sonreía.

—¿Cuándo vienes a jugar a mi casa otra vez...? —preguntó. Moore se encogió de hombros.

—No lo sé. Tengo algo de trabajo atrasado —repuso.

—Y el tiempo que te sobra tienes que emplearlo en atender a la abogado.

—Sólo deseaba enterarme de ciertos detalles referentes a su cliente —contestó él.

—Para lo cual, necesitaste nada menos que seis horas. Moore enarcó las cejas.

—Estás bien enterada de mi forma de emplear el tiempo —observó.

—Veinte dólares son un estimulante poderoso para un conserje de hotel —sonrió la joven.

—De modo que me espías.

—Te vi llegar a la ciudad a una hora desacostumbrada, antes de las seis de la tarde. Eso me extrañó un poco. Yo pensé que irías a ver a Jessica mucho antes.

Moore trazó un círculo con la mano.

—No puedo abandonar esto siempre que quiero —respondió.

—Ya. ¿Resultaron interesantes los informes de Jessica?

—Mucho. Sin embargo, sospecho que no me dice toda la verdad. A pesar de mis dotes de persuasión, tuve que averiguar el nombre de su cliente por otras personas.

—¿Lo conoces?

—No, nunca le he visto. Lo único que sé es que se pasó veintidós años en presidio y que ha salido hace pocos días. Vendrá pronto a Neighton.

—Veintidós años es casi una vida, Ethan.

—La cuarta parte solo, Syra.

—A mí me parecería un siglo. —Ella suspiró—. Ethan, te lo digo sinceramente, hay veces que me siento infinitamente vieja.

Se limpió los labios con un pañuelo y sonrió de mala gana.

—¿Te extraña? —preguntó.

—Esa vida que llevas no contribuye precisamente a tu optimismo, aunque creas lo contrario —dijo él.

—Gano dinero, Ethan.

—Sí, eso es indiscutible.

—¡Pero no querría pasarme la vida en una granja! Ya conoces mi forma de pensar...

—Nadie te lo ha pedido, que yo sepa.

—Hay otros oficios, otras profesiones...

—A mí me gusta este oficio. Y todavía me sobran tierras para ampliar la zona de cultivo en más del doble de lo que tengo ahora. Pronto iniciaré sondeos para buscar una nueva vena de agua.

Syra entornó los ojos.

—Eso cuesta dinero. Ethan.

—Sí.

—Puedo hacerte un préstamo...

—Olvídalo, hermosa.

—¿Por qué no? Sería como invertir en un negocio, ¿no?

—Es que todo depende del inversionista, Syra.

—Ah, yo no te gusto en ese sentido. Moore miró a la joven de pies a cabeza.

—Será mejor que empieces a elegir lo que quieras llevarte —dijo. Ella le agarró por un brazo, cuando ya iniciaba la marcha.

—¡Mírame bien, Ethan Moore! —exclamó con singular vehemencia—. Tú me quieres, pero detestas mi profesión y odias hasta lo infinito el hecho de haberme visto comprometida en un asunto de drogas. ¿Por qué no podemos llegar a un término medio? Alguien podría cuidar de tu granja y tú...

—Yo podría cuidar del orden en tu local, ¿verdad? —dijo él sarcásticamente.

—No, pero podríamos montar otro negocio.

Moore meneó la cabeza. De pronto, agarró la mano de la joven y tiró de ella durante cincuenta metros. Luego extendió el brazo.

—Ahora, mira tú bien —exclamó, después de poner la mano que había soltado de la de Syra sobre el tronco de un árbol que no medía más de diez centímetros de diámetro—. Mira bien esto. Los plantó mi padre hace cinco años. Dentro de otros cinco, tendrán ya de quince a veinte metros de altura. Imagínate qué aspecto tendrán entonces. Y todavía pienso plantar más, sobre todo, después de haber alumbrado mi nuevo pozo. ¿Quieres, después de ver esto, que me vaya a la ciudad?

Syra contempló las cuatro hileras de arbolillos, cada una de las cuales tenía un centenar, aproximadamente. El espacio entre árbol y árbol era de unos tres metros y el suelo estaba cubierto de una fina, pero espesa capa de césped.

—Sólo son chopos —dijo, despectiva.

—Sí, pero dan sombra y frescura al lugar y protegen la tierra de los vientos y, más adelante, darán madera... Hasta tengo en proyecto excavar una gran alberca donde recoger el agua que mane del próximo pozo... Antes de cinco años, este valle, en medio del desierto, será un Edén. ¿Comprendes ahora?

Syra asintió lentamente. Su esbelto pecho subía y bajaba con profundos vaivenes.

—Amas la tierra —murmuró.

—Sí, aunque también amaba mi oficio. Pero aquí, al menos, las plantas son leales.

—Salvo cuando hay plagas...

—Las plagas se combaten y nadie te lo impide ni te pone la zancadilla cuando caminas con el pulverizador de insecticidas a la espalda.

Syra entornó los ojos.

—A ti te gustaría usar uno de esos cacharros en la ciudad, ¿no es así? —murmuró.

—La lástima es que no puedo hacerlo —rezongó Moore—. Anda, vamos a casa, creo que conviene dar por terminada la discusión.

—Maldito obstinado... ¿Cómo podría hacerte creer que aquellos sobres con drogas fueron puestos en mi despacho, sólo para comprometerme, porque no quería vender mi negocio por cuatro centavos?

Moore se volvió vivamente.

—Eso no me lo habías dicho —exclamó.

—Tú nunca quisiste ponerte en razones...

—¿Quién te hizo la oferta de compra? ¿Hunnicut?

—No, Ganz —contestó ella sorprendentemente.

* * *

El hombre salía del bar, sujetando un palillo con los dientes, cuando, de repente, oyó una voz a su derecha:

—Hal.

Eastly volvió la cabeza.

—Moore —dijo a media voz.

—Sí, yo mismo. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro. Usted ya no es policía. Nada de lo que diga puede comprometerme —rió el hampón.

—Entonces, no le importará decirme quién le entregó la droga que puso usted, hace seis meses, en uno de los cajones de la mesa del despacho de Syra Drynn.

Los ojos de Eastly se achicaron repentinamente.

—No sé de qué me habla —gruñó.

—Pero ¿no habíamos quedado en que no tenía miedo de

contarme todo lo que sabe?

—Váyase al infierno...

—¿Se lo ordenó su jefe Ganz?

—Moore, es usted un maldito entrometido, al que me gustaría mucho aplastarle las narices de un buen puñetazo —dijo el hampón torvamente.

—Hal, cuando a mí me gusta una cosa, la hago en el acto, sin esperar a que me indiquen si me conviene o no. Adelante, venga ese puñetazo.

Eastly vaciló.

—No tengo ganas de gresca —rezongó. Moore emitió una tenue sonrisa.

—Dígale a su jefe que un día de éstos iré a verle —se despidió.

Cuando echaba a andar, sintió fijos en su nuca los ojos del hampón. Tenía la seguridad de que Eastly le hubiera disparado de buena gana un par de tiros. Pero había demasiada gente en la calle.

Cenó con la abogada. Jessica le dijo que había estado en el registro y le habían prometido una copia legalizada de los títulos de propiedad de Gus Hackett.

—Entonces, el robo de los documentos de Mac Kenna no sirve para nada —dijo él.

—Depende —contestó Jessica.

—¿De qué?

—Hackett ha estado veintidós años en la cárcel. No ha trabajado sus tierras ni pagado los impuestos. Lo que debe no es mucho, pero alguien puede reclamar que esas tierras salgan a subasta por el importe de los débitos.

—Y entonces se quedaría con ellas por cuatro dólares.

—Sí, Ethan.

—¿Le has hablado a tu cliente de este asunto?

—Estoy aguardando a que venga. En total, son unos once mil dólares, a quinientos por año, aproximadamente. No creo que tenga ese dinero.

—Lástima —dijo Moore—. Aunque el Banco podría hacerle un préstamo...

—¿A un ex presidiario?

—¿Por qué no? Tiene las garantías de sus tierras y los informes de Mac Kenna, Jessica.

—Esos informes le han perdido y no había copias.

—Comprendo.

—Pero además, el Banco necesitaría también los informes de un geólogo propio. Mac Kenna era un perfecto desconocido en Neighton.

—Sí —suspiró él—; conozco perfectamente la manera de operar de los Bancos. Yo necesité cinco mil dólares hace medio año y me costó Dios y ayuda conseguir el préstamo. Y eso que tengo una granja en plena producción.

Jessica sonrió.

—Tú no has querido ayudarme —dijo—. Podías haberte ganado diez mil dólares.

—No quiero más jaleos —se defendió Moore—. A propósito, ¿qué piensas hacer esta noche?

Ella respondió con una sonrisa ambigua. Moore sugirió:

—¿Quieres correr el riesgo de perder cien dólares en el Sun of Desert?

—Se puede probar, ¿no? —aceptó Jessica de inmediato. Cuando salían, Moore recordó de pronto una cosa:

—Oye, ¿qué has averiguado de la señora Hackett y de su hija?

—Después de que él fuese condenado, se trasladaron a un pueblecito de Wyoming, a casa de su madre. Pero la esposa murió hará unos diecisiete años. La hija desapareció, es todo lo que sé.

—Lástima —suspiró él.

Momentos más tarde, se situaban en la mesa de juego presidida por Syra. Los ojos de la dueña del Sun of Desert llamearon al ver a Moore acompañado por la hermosa forastera.

Aquella noche, Jessica perdió los cien dólares iniciales y trescientos más. Moore, cauto y astuto, sólo permitió que la raqueta del *croupier* se le llevara veinticinco.

Después, acompañó a Jessica hasta el hotel, pero se negó a subir a su habitación a tomar una copa con ella, alegando que al día siguiente tenía trabajo. En realidad, su trabajo estaba en la taberna de Nancy.

* * *

Nancy Haskins se acercó al hombre que dormitaba en un rincón

de la sala y le sacudió por el hombro.

—Es hora de cerrar —dijo.

Moore levantó el párpado superior izquierdo.

—Me quedo —dijo.

—Pero, Ethan...

—Anda, empieza a apagar las luces.

La mujer titubeó un momento. Luego hizo lo que le decían.

Bajó las persianas de las ventanas. En el local sólo había quedado encendida la luz que proporcionaba una lámpara situada en el pasillo interior.

—Cierra la puerta trasera con doble vuelta de llave, Nancy —ordenó Moore.

—¡Ethan, me estás crispando los nervios! —protestó ella.

—Obedece, por favor.

Nancy se resignó a hacer lo que le indicaban. Todavía estaba al otro lado de la casa cuando, de pronto, se abrió la puerta de la taberna.

—No hay nadie, tú —dijo Norton.

—Hemos llegado en el momento adecuado —sonrió Morrison.

—En eso se equivocan, amigos —sonó de pronto la voz de Moore—. Hay un revólver apuntándoles. Si tocan un solo cabello de la señora Haskins, les enviaré al infierno.

Los hampones se quedaron helados. Moore seguía hablando desde la mesa del rincón, con las manos escondidas bajo el tablero. Morrison y Norton sólo veían una sombra oscura, de la que brotaban las palabras con calmoso acento.

Norton tragó saliva.

—Sólo queríamos to... tomar una copa...

—El bar está cerrado —dijo Moore fríamente—. Y una advertencia: si intentan molestar a la señora Haskins, no les haré nada a ustedes; a Hunnicut le retorceré el cuello como a un pollito. Vamos, fuera.

Los hampones se marcharon. Nancy asomó por la puerta interior.

—¿Que... querían hacerme algo? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí, pero no te preocupes, ya no te pasará nada —sonrió Moore, a la vez que se encaminaba hacia la salida.

—Pero ¿por qué? Yo no les había hecho nada...

—Dijiste algo el día en que Broxton detuvo a un asesino, aquí en esta casa.

—Comprendo. —Nancy se indignó—. Esos bastardos... Voy a tener que hacer lo mismo que tú: comprarme un revólver. Y como intenten hacerme algo, les freiré a tiros.

—Es una buena precaución, guapa.

Moore se acercó a la robusta mujer y le besó una mejilla.

—Adiós, Nancy.

—Ethan, gracias —contestó ella—. Les has metido el resuello en el cuerpo con tu revólver...

—Nancy, no estoy armado —confesó Moore.

—¡Cielos! —Se espantó la señora Haskins.

—Pero, claro, ellos no lo sabían —rió el joven, mientras se dirigía hacia la puerta.

CAPÍTULO IX

Acurrucado a los pies de la cama de su dueño, «Chick» alzó de repente la cabeza y emitió un sordo gruñido.

Moore dormía profundamente, pero, al mismo tiempo, tenía el sueño muy ligero. Los gruñidos del can le parecieron anormales.

—Calla —dijo en voz baja—. Vas a despertar a Ana.

«Chick» emitió ahora un gruñido largo y sostenido, que salía de lo más profundo de sus fauces. Moore empezó a sentirse alarmado y saltó de la cama.

En silencio, se puso unos pantalones y metió los pies en unas zapatillas. Salió al comedor y agarró la escopeta.

No había cosas de valor en la granja. Unos ladrones corrientes, se dijo, no se desplazarían tan lejos para robar unas cuantas gallinas.

Abrió la puerta en silencio. De pronto, «Chick» se lanzó hacia adelante, ladrando desaforadamente.

Se oyó un grito de alarma. Dos hombres corrieron en las inmediaciones.

—¡Alto! —gritó Moore.

Uno de los sujetos se volvió y tiró varias veces contra él. Moore Oyó claramente el silbido de las balas.

Plantó los pies en el suelo y puso horizontal la escopeta. El otro intruso le apuntaba con su pistola en aquel momento.

Pistola y escopeta tronaron al mismo tiempo. Moore sintió una fuerte quemadura en el brazo izquierdo. Delante de él, un hombre aulló horrorosamente durante un par de segundos.

El otro escapó a todo correr, defendiendo la huida a tiros. Moore sintió que el brazo izquierdo perdía momentáneamente la fuerza.

En el mismo instante sonó una atronadora explosión. Saltaron

algunos cristales de las ventanas de la casa.

Moore se volvió instintivamente. Una onda de calor le dio en la cara, haciéndole vacilar.

Se oyeron unos crujidos espantosos. La estructura del depósito elevado de agua se vino abajo con terrible estrépito. El tanque, capaz para cincuenta o sesenta metros cúbicos, explotó como una bomba. La marea de agua arrasó todo un campo de frutales.

Moore sintió una ira irracional al contemplar la catástrofe. Incluso el perro se encogía a sus pies, asustado por la catástrofe.

El ama de llaves gritaba en la casa. Moore hizo una profunda inspiración.

—¡Estoy bien, Ana! ¡No se preocupe, no ha pasado nada! Ana se asomó a la ventana de su cuarto.

—¿Que no ha pasado nada? ¿Y ese bombardeo, señor Moore? —gritó.

En medio de su cólera, la frase de Ana casi arrancó una carcajada de labios de Moore. Pero el ama de llaves añadió inmediatamente algo que aumentó todavía más sus preocupaciones.

—¡Señor Moore, no hay luz!

Los dientes del joven crujieron. La explosión, ya no cabía duda alguna, había afectado también al motor del generador.

—Está bien —dijo—. Encienda velas y llame a la policía. Yo me ocuparé del resto. Se inclinó un poco y acarició la cabeza del perro.

—Calma, «Chick» —dijo.

El animal se tranquilizó. Moore se acercó al hombre caído a pocos pasos de distancia y, con la mano sana, buscó el encendedor.

La llamita iluminó un cuadro indescriptible. Había algunos puntitos rojos en la cara del muerto, procedentes de perdigones aislados, pero la masa principal de la descarga le había alcanzado en el centro del cuello.

La mano de Norton sostenía aún la pistola que había utilizado para atacar al granjero.

Moore apagó el encendedor.

El brazo empezó a dolerle y fue hacia la casa. Ana se asustó al ver la sangre.

—No es gran cosa —sonrió él—. Pero escuece mucho.

—Le curaré... Dios mío, qué cosa tan atroz... ¿Por qué nos han hecho esto, señor Moore?

—Debe de ser algún consumidor, enfadado porque mis tomates le produjeron desarreglos intestinales —contestó Moore. Pero su buen humor era una cosa externa, dirigida, más que nada, a calmar el nerviosismo del ama de llaves.

Por dentro hervía de ira.

* * *

Syra llegó muy temprano y contempló el espectáculo desde el interior de sus gafas oscuras. Un par de policías se movían sobre el terreno, buscando huellas. En el camino, se había cruzado con una ambulancia.

El depósito elevado aparecía convertido en ruinas. La oleada había arrasado una extensa zona, desarraigando más de cincuenta frutales.

De pronto, Syra vio a Moore hablando con el jefe Dexter. Syra echó a correr hacia los dos hombres. Dexter se despedía en aquellos momentos.

—Nadie le reprochará nada, muchacho; pero tendrá que asistir a la encuesta que es obligatorio realizar.

—Estaré a su disposición en cualquier momento, jefe —contestó Moore.

Entonces vio a Syra parada a pocos pasos. Ella se había quitado ya las gafas oscuras.

—¡Caramba, qué madrugadora! —dijo, sonriendo.

—¿Estás bien, Ethan? La señora González me dijo que te habían herido...

—Ana tiene mucha afición a incrementar mi cuenta telefónica —rezongó él—. Es sólo un rasguño hondo y el médico ya me ha curado —agregó.

—Te han destrozado la granja —gimió ella.

—No exageres, mujer. He salvado la vida, que es lo importante; lo demás, puede reconstruirse con el tiempo.

—Pero ¿por qué? ¿Lo han hecho porque no quisiste pagar la «protección»? —preguntó Syra.

—Ya lo creo que pagué, con parte de las ganancias de unos días atrás. Esto, sin embargo, tiene otros motivos.

—¿Cuáles, Ethan? Dímelos, quiero ayudarte...

Moore escrutó el rostro de la joven.

—Estás así mejor, sin tanto maquillaje —sonrió.

—Oh, deja mi aspecto en paz. Dime, ¿qué puedo hacer para ayudarte? Ahora necesitarás dinero, supongo.

—Creí que detestabas la vida de granjero y las granjas, Syra.

—Sigo pensando lo mismo —respondió ella, muy rígida—. Pero deseo ayudarte y soy sincera.

—Ya me arreglaré, no te preocupes. De todos modos, gracias por tu interés. ¿Quieres tomar una taza de café?

—¿Es todo lo que se te ocurre decirme? ¿Vas a ser tan orgulloso que no aceptarás un préstamo para reconstruir lo que te han destrozado?

—Syra, hace unas noches alguien perdió cuatrocientos dólares en la ruleta. Yo me olí lo que iba a pasar y dejé solo veinticinco.

—Me puse furiosa... Esa zorra...

—¡Syra! ¿Qué lenguaje empleas? ¿Por qué hablas así de la señorita Waldron?

—Tengo mis motivos, pero no te los diré, a menos que aceptes mi préstamo.

—Ah, un chantaje.

—Si lo llamas así...

—Entonces, ahora ni café te ofrezco. Vete. Syra le miró desafiadora.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

—Entonces... ¡adiós!

Moore no contestó. Syra subió a su coche y arrancó, haciendo volar una nube de tierra con las ruedas traseras.

La mano derecha de Moore subió hasta su mentón para acariciárselo, mientras sonreía. Pero luego se puso serio, porque algunas de las palabras que Syra había pronunciado le preocupaban considerablemente.

Probó a mover el brazo izquierdo. Le dolía... pero, con precauciones y sin rodar a mucha velocidad, podría guiar la furgoneta hasta Neighton.

Sin embargo, dejó pasar veinticuatro horas antes de ir a la ciudad. Lo primero que hizo al llegar fue buscar peones. Iba a necesitar ayuda en su granja.

Más tarde, fue a visitar a Ganz.

El rival de Hunnicut le miró torvamente.

—No tengo nada que hablar con usted —dijo.

—Yo, sí —afirmó Moore, imperturbablemente—. Se trata de Hal Eastly.

—¿Qué le pasa con ese tipo? No ha cometido ningún delito...

—Ni yo soy un policía, Ganz. Pero sé que Eastly puso una docena de sobres con «nieve» en uno de los cajones de la mesa de Syra Drynn. Luego, alguien dio el «soplo» y yo caí en la trampa como un incauto, sobre todo, teniendo en cuenta que uno de mis hombres arrestó a una prójima que, luego se demostró, fingía estar drogada. Esa mujer dijo en un principio que Syra Drynn le había vendido la droga, pero después desapareció de Neighton y ya no ha sido vista más.

Ganz se retrepó en su asiento. Sonreía irónicamente.

—Está muy bien enterado de las cosas, Moore —dijo.

—Algunos de los policías son todavía honrados. Yo los conozco y sé que están asqueados. Aunque no pueden hacer nada, me ayudan con informes.

—Los informes no sirven de nada, si no se acompañan con pruebas. Usted debería saberlo mejor que nadie.

—Por supuesto. Pero me pareció conveniente que usted estuviese enterado de lo que yo he llegado a saber. ¿En qué nuevo jaleo meterá ahora a Syra para comprarle su local?

—Ese negocio ya no me interesa. Admito que quise comprárselo en tiempos y que me sentí muy furioso por sus negativas, pero ahora tengo otras perspectivas para invertir mi dinero. Puede decirle a la señorita Drynn que ya no la molestaré más. En realidad, no he vuelto a molestarla desde entonces, como ella misma podrá atestiguar.

Moore se quedó muy sorprendido al escuchar aquellas palabras, aunque no profundizó demasiado en su contenido.

—Celebraré mucho que siga en esa línea de conducta —se despidió. Ganz le llamó cuando ya estaba a punto de abrir.

—Un momento, Moore. El joven se volvió.

—Sé lo que le pasó hace algunas noches en la granja — continuó Ganz—. Créame que lo lamento, pero ése no es mi estilo.

—Tiene pistoleros...

—Sólo para impresionar a la gente. No soy tan bruto como Hunnicut. El sí cree en la fuerza de las anuas.

—¿Y usted?

—Yo soy un hombre eminentemente respetuoso de las leyes. Los códigos, adecuadamente utilizados, pueden dar a un hombre cuanto desea.

—Una forma extraña de pensar, Ganz.

—La mejor, se lo aseguro. Adiós, Moore.

El joven salió muy preocupado de la entrevista. Ganz había estado todo el tiempo muy cortés y melifluo. Ciertamente, era hombre que no se había distinguido jamás por sus violencias, aunque los hampones que tenía empleados, cuando era necesario, actuaban contundentemente contra los clientes alborotadores. Pero esto lo hacían todos los dueños de garitos, de una forma u otra.

Nadie, sin embargo, había actuado hasta aquellos momentos de la manera tan violenta que lo había hecho Hunnicut. Los dos hombres eran rivales encarnizados y si Hunnicut no se había metido con Ganz, era por temor.

Pero los dos, por separado, querían hacerse con el dominio de la ciudad. Y el que lo consiguiese, establecería luego una férrea dictadura que aplastaría literalmente a todos los habitantes de Neighton.

Hunnicut empleaba las armas de la violencia y el soborno. Ganz decía atenerse a la ley que, según él, podía concederle todo cuanto deseara. ¿Cuál de los dos sería el vencedor?

CAPÍTULO X

Syra abrió la puerta de su despacho y se sintió enormemente sorprendida al ver que alguien esperaba allí, sentado en un butacón y con un vaso en la mano derecha. La izquierda estaba apoyada en el brazo del sillón.

—¿Cómo te encuentras, Ethan? —preguntó.

—Estupendamente. Puedo mover un poco el brazo, he contratado peones... Todo marcha.

—¿Crees que dirigirás a tus peones desde esta oficina?

—Bueno, de momento, los peones van desescombrando... Mañana, creo, iniciaremos la tarea en serio. Pero no me pareció prudente volver a la granja sin venir a verte.

—¡Qué horror! —se burló ella, mientras se acercaba a la mesa—. ¿Puedo desmayarme, majestad?

—Enciende ese cigarrillo y siéntate. Quiero que sepas algo sobre mi visita a Ganz. Syra arrimó la llama al extremo del pitillo.

—Interesante —contestó, después de la primera bocanada—. ¿Qué te ha dicho, Ethan?

—Algo un tanto extraño. Ha admitido que te tendió la trampa de los sobres con droga, pero dice que renunció a comprarte el local. Parece ser que tiene en perspectiva otros negocios mejores.

—Al menos, en la primera parte dice la verdad. Después de aquello, y sucedió hace seis meses, ya no ha vuelto a molestarme. Pero en cuanto a los otros negocios, francamente, no tengo la menor idea.

—Tú sueles oír rumores...

—Lo siento, Ethan. Moore se puso en pie.

—Pensé que habrías oído algo. Dispénsame si te he molestado —dijo.

—En absoluto. ¿Te marchas ya?

—Sí.

—Ethan... —Syra se mordió los labios—. Me gustaría que tomases en cuenta mi oferta.

—Gracias, pero ya conoces mi modo de pensar.

—Estúpido. Soy sincera, es una oferta... Ahora ya no tienes que meterme en la cárcel.

—Yo no metería en la cárcel a una persona sólo porque no quisiera prestarme dinero, Syra.

—Lo sé, lo sé, pero... escúchame con atención. Ethan, mi vida ha sido muy agitada. Cuando tenía ocho años, me quedé huérfana. Unos tíos me atendieron algunos años, pero eran muy viejos y murieron también. A los diecisiete me quedé completamente sola y tuve que bandeármelas... No me gustaría que supieras algunas de las cosas que he tenido que pasar para sobrevivir... También estuve algunos años en Las Vegas haciendo de corista, de jugadora... Ahorré algún dinero y levanté este negocio...

—Que ahora, en el fondo, detestas. Los ojos de Syra estaban húmedos.

—Aunque no te lo creas, yo también viví muchos años en una granja. Y me estropeé las manos trabajando, allá en Daviston... Está en Wyoming, ¿sabes?

—Daviston —repitió él.

—Así se llamaba aquel pueblecito donde yo vivía con mi madre. A mi padre no llegué a conocerle; murió cuando yo tenía dos años, poco más o menos.

Moore asintió en silencio.

—Lo siento, Syra —dijo.

—Mi pasado está contra mí —suspiró ella.

—Todo depende del que quiera mirar a ese pasado —sonrió Moore—. Por cierto, he averiguado más datos sobre el asunto de las drogas. La mujer se fingió drogada y mintió cuando dijo que tú le habías proporcionado la «nieve». Fue pagada por Ganz, y Eastly colocó la droga en tu despacho.

—Has averiguado muchas cosas —se sorprendió Syra.

—Todavía mantengo contactos con algunos compañeros que no han perdido la honradez —sonrió él.

Abrió la puerta y salió. Syra extendió el brazo, como si quisiera

llamarle, pero no salió ningún sonido de su boca.

Moore caminó un rato por la calle, en donde ya empezaban a encenderse los primeros rótulos luminosos. De pronto, vio a Broxton junto a su auto patrulla, hablando con otro agente.

El policía se marchó. Moore se acercó a Broxton. «Pero ¿es que no se ha enterado que venden jabones que suprimen el olor corporal?», pensó disgustadamente.

—Hola, Rim —saludó con voz neutra.

—¿Cómo va ese brazo, Ethan? —dijo el policía.

—Bien, no puedo quejarme. ¿Y tus asuntos? Broxton hizo una mueca.

—Siempre has pensado mal de mí, Ethan —se quejó. Moore se puso un cigarrillo entre los labios.

—He tenido motivos y tú lo sabes —replicó agudamente—. Por cierto, tengo entendido que se ha presentado una denuncia contra un tipo que anda haciendo competencia al servicio de Correos y envía cartitas sin sello. ¿Sabes algo al respecto?

La cara de Broxton se puso gris. Después de encender el cigarrillo, Moore sopló el fósforo.

—Rim, Pattern murió porque había asesinado a Mac Kenna y no debía hablar. Brook lo mató y ya no podrá decir quién se lo ordenó. ¿Es que no te das cuenta de que a ti también puede pasarte algo parecido... el día en que Hunnicut se harte de tus lloriqueos? Ahora estamos en mayo y no vas a pedirle la paga de Navidad, ¿eh?

Broxton parecía a punto de derrumbarse.

—Deja el juego antes de que sea demasiado tarde, Rim —se despidió el joven, sabedor de que detrás de sí quedaba un hombre completamente deshecho.

Tranquilamente, sin apresurar el paso, se dirigió al local de Hunnicut.

* * *

Los menudos ojillos de Hunnicut leyeron especulativamente el papel que su visitante había puesto sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó agriamente.

—Una factura por daños y perjuicios, cuyo importe asciende, así a primera vista y hasta la evaluación por los peritos, a unos cuatro

mil seiscientos cincuenta dólares.

—Pero ¿qué diablos tengo yo que ver...?

—Elemental, mi querido Hunnicut. Usted me garantizó protección, pero no evitó que unos rufianes volasen mi tanque de agua y causaran otros destrozos. Es cierto que maté a uno de ellos, pero lo hice en legítima defensa. Ya ve, ni siquiera me han encarcelado.

Hunnicut lanzó el papel despectivamente a un lado.

—No tengo nada que ver con eso —gruñó—. Está loco si piensa que voy a pagarle...

—Esto es como las compañías de seguros, amigo. Si yo contrato un seguro para mi automóvil, la aseguradora paga los daños sufridos en un accidente. Yo pagué los quinientos dólares de la cuota de protección, pero usted no me ha protegido. Por tanto, le corresponde pagarme los daños.

El rostro de Hunnicut estaba rojo como la grana. Impasible, Moore continuó:

—Verá, he logrado saber que Clay Norton compró media docena de cartuchos de dinamita en el almacén de Pete

O'Myers

. Todos saben que Norton trabajaba para usted...

—Pudo hacerlo sin cumplir mis órdenes, por propia iniciativa.

—¿Y quién va a creer una cosa semejante, sobre todo, después de que Morrison murió en mi granja al atacarme a tiros? También él era su empleado, ¿verdad?

—Esto es un chantaje inmundito...

—Las compañías de seguros no hablan así cuando compensan a un cliente que es puntual en los pagos de sus pólizas, a menos que el siniestro sea intencionado. Y no irá a decirme que yo organizó aquel jaleo en mi granja, de acuerdo con sus dos empleados.

—Mire, Moore, le daré dos mil y no se hable más.

—Cuatro mil seiscientos cincuenta o formularé una demanda judicial. Sus abogados le sacarán libre, pero se organizará un escándalo monumental.

Hunnicut apretó los dientes. Pero acabó por levantarse y tomar el camino de la caja fuerte.

—Tendrá que firmar un recibo —dijo.

—Con muchísimo gusto.

Momentos después, Moore se embolsaba el dinero.

—Da gusto tratar con «protectores» tan cumplidores —sonrió—. A propósito, tengo entendido que cierto abogado, con faldas y muy guapa, ha sacado un duplicado legalizado de los documentos de propiedad de Gus Hackett. Con esos documentos en su poder, los análisis y mediciones topográficas de Mac Kenna tienen ya una importancia muy secundaria. Otro geólogo puede hacerlo también, ¿verdad?

Hunnicut tenía la boca abierta estúpidamente. Ni siquiera podía hablar.

Era el segundo duro golpe que recibía en pocos momentos, pensó Moore, satisfecho, mientras abría la puerta del despacho.

Norton estaba en el corredor. Moore palmeó sus hombros.

—¿Qué, cómo va la dentadura? ¿O han tenido que sacarte algún perdigón de la espalda? Bien mirado, puede que te alcanzaran en los talones; hay que ver cómo corrías, campeón.

Detrás de él sonó un atroz juramento. Moore contestó con una sonora carcajada.

Una vez en la calle, buscó la oficina de Telégrafos y redactó un largo mensaje, encargando lo despacharan con tarifa de máxima urgencia. Abonó el importe y, al terminar, juzgó que podía premiarse con una cerveza en casa de Nancy Haskins.

* * *

El enorme autobús de la compañía Greyhound llegó puntualmente y se apeó a muy poca distancia del Sagamore. Un hombre salió del fresco ambiente refrigerado del vehículo al ardiente sol de la calle y, aun con gafas oscuras, se vio obligado a parpadear.

En la mano llevaba un modesto maletín, aunque nuevo. Tras algún titubeo, echó a andar y se encaminó hacia el hotel, en donde tomó una habitación sin la menor dificultad.

El recepcionista era joven, por eso no mostró la menor extrañeza al leer el nombre de Hackett. Tenía cosas más importantes que hacer y, a fin de cuentas, los viajeros iban y venían constantemente. Sólo tomó nota de un recado que el recién llegado había dejado, a fin de que avisaran a *miss* Waldron de que ya se encontraba en

Neighton.

Un botones acompañó a Hackett hasta su habitación. Hackett le dio una propina y luego, al quedarse solo, se quitó la chaqueta y las gafas de color.

Era un hombre de unos sesenta años, de mediana estatura y aspecto melancólico, a lo que contribuía el poco pelo que le quedaba y ya casi completamente blanco. Apenas había terminado de abrir la maleta, oyó un ruidito en las inmediaciones.

Se volvió. Delante de él había un hombre que empuñaba una pistola con la mano derecha.

Hackett se alarmó.

—Eh, ¿qué diablos quiere? —exclamó.

El hombre era de mediana estatura y tenía la cara muy blanca y los labios finos y delgados. Usaba sombrero con el ala caída hacia adelante y, además, grandes gafas de color.

—Lo siento —dijo con voz opaca—. Adiós, Gus.

El arma disparó dos veces. Apenas hizo ruido, porque tenía silenciador.

CAPÍTULO XI

El teléfono sonó y Ana atendió la llamada. Después, salió a la veranda para atraer la atención de Moore, que dirigía los trabajos de reconstrucción del tanque de agua.

—¡Pronto, es urgente! —gritó.

Moore corrió hacia la casa y agarró el teléfono.

—¡Ethan! Oh, es algo horrible... Gus Hackett ha sido asesinado... —Sonó la voz angustiada de Jessica Waldron.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Moore, muy trastornado por la inesperada noticia.

—No lo sé bien... La policía está investigando ahora en su habitación. Acababa de llegar, me parece... Le han pegado dos tiros... Oh, Ethan, ¿qué va a pasar ahora?

Moore reflexionó unos instantes.

—Está bien, no te muevas del hotel —dijo—. Dentro de un cuarto de hora estaré contigo.

Colgó el teléfono y se dirigió hacia la salida.

—Ana, tengo que ir a la ciudad. No sé cuándo volveré; cuide de que los operarios están bien alimentados.

—Parecen una plaga de langosta —refunfuñó el ama de llaves.

Moore sonrió ligeramente. Acarició, al pasar, la cabeza de «Chick» y se dispuso a subir a su furgoneta.

Un coche descendía por la pendiente a toda velocidad, dejando una enorme estela de polvo. Moore aguardó unos instantes.

«Chick» ladró repentinamente. El coche se detuvo y Syra se apeó. «Chick» corrió hacia ella y meneó alegremente la cola.

—Traigo noticias —dijo la joven.

—Hackett ha muerto —contestó él.

—¿Cómo lo sabes?

—Jessica acaba de telefonar. Precisamente ahora me disponía a ir a la ciudad. ¿Sabes algo más al respecto?

—No, sólo la noticia escueta. Ocurrió hace un par de horas, creo. Me pareció que debías saberlo.

—Pudiste haber usado el teléfono.

—Y eso era lo que me disponía a hacer, pero estaba en las inmediaciones de la oficina de Telégrafos y oí al jefe que encomendaba a un mensajero que te trajese un telegrama con toda urgencia. Conozco al jefe y le dije que yo podía cumplir el encargo. Toma, aquí está.

Syra abrió el bolso y sacó un sobre amarillo, que puso en las manos de Moore. Mientras el joven leía el despacho, ella le contemplaba con suma atención.

—¿Algo grave? —preguntó, instantes más tarde.

—Oh, no, nada de particular. Simplemente, había encargado una máquina nueva y me comunican que tardará algún tiempo en estar disponible. Por cierto, ¿te importaría llevarme a la ciudad?

—En absoluto. Vamos.

Subieron al coche. Syra arrancó en el acto. A los pocos momentos, Moore dijo:

—He estado pensando mucho. Voy a tener que aceptar tu préstamo.

—¿Cuánto? —preguntó ella simplemente.

—En total son unos once mil... Pon seis mil; yo tengo unos cientos en el Banco, más los cuatro mil seiscientos cincuenta dólares que me pagó Hunnicut hace unos días.

—¿Qué? ¿Jugaste en su casa? —Respingó Syra.

—Cuidado con el volante —sonrió él—. No, no jugué: simplemente, le reclamé daños y perjuicios. ¿No se había encargado él de mi protección? Puesto que cobra cuotas, como una compañía de seguros, yo tenía derecho a resarcirme de los gastos.

Syra se sentía pasmada.

—Y te pagó.

—Sí.

—Increíble. ¿Lo anestesiaste? Moore volvió a reír.

—Oh, no, simplemente le amenacé con una demanda judicial. Yo habría perdido el caso, claro, pero el asunto hubiera organizado mucho ruido. Morrison murió en mi granja y Norton compró la

dinamita. El vendedor hubiera declarado ante el tribunal...

—Chantajista —le apostrofó ella.

—Estuvieron a punto de matarme —contestó Moore, muy serio.

—Eso sí es verdad. Pero, a pesar de todo, no puedo dejar de sentirme maravillada al ver la forma en que has conseguido sacarle ese dinero.

—Oh, no ha sido difícil. A él no le convenía el escándalo. Todo el mundo sabe que fueron sus hombres los que me atacaron. Con Ganz, la cosa habría resultado más difícil.

—¿Por qué?

—Es bastante más listo y, según manifestaciones propias, la clase de persona que se atiene a la ley. Claro que también dice que la ley tiene los suficientes recovecos para que uno consiga todo lo que desea. Por eso lo considero mucho más peligroso.

—Pero Ganz no se ha atenido siempre a la ley. Tú sospechas que los dos tipos que acribillaron a los pistoleros que pretendían asesinarte eran hombres de Ganz.

—Eso es cierto, pero él no intentó nunca violencia contra personas decentes, violencia física, se entiende. En este caso, y aunque de una forma extralegal, es preciso reconocer que colaboró con la justicia.

—Ethan, las cosas se han puesto ahora muy feas. Me gustaría pedirte que te desentendieras de todo...

—Ahora ya es tarde, nena.

—Puede serlo, si tú no desistes...

—No creo que eso te importe demasiado. A fin de cuentas, no te gusta la vida de granjera.

Syra se mordió los labios. Fue a decir algo, pero se calló oportunamente; en aquellos momentos, no sentía el menor interés por continuar la discusión sobre el tema.

* * *

Jessica recibió a Moore en un indescriptible estado de nervios.

—Lo han matado, lo han matado... Dios mío, ¿qué voy a hacer yo ahora?

—Cálmate —dijo Moore—. Hackett está muerto y eso no se puede evitar ya. La policía investigará...

—¡La policía! —dijo ella despectivamente—. Hatajo de vagos, colección de inútiles...

—No hables así. Algunos de mis antiguos compañeros son honestos.

—Dispénsame, estoy... consternada... —Jessica golpeó el cigarrillo que tenía en la mano derecha contra la uña del pulgar izquierdo—. Ya ves, fíjate, el pobre Hackett se ha pasado veintidós años de cárcel, para acabar muriendo a las dos semanas de estar en libertad... Y ahora que está muerto, alguien se apoderará de esos terrenos...

—Pagando los impuestos, ¿no es así?

—He estado en el registro esta mañana. Me han dicho que alguien ha pedido una subasta de las tierras de Hackett, por el valor de los impuestos, once mil ciento dos dólares con setenta centavos. ¡Si yo tuviese ese dinero, Ethan!

—Lo siento, pero no puedo ayudarte —dijo él—. ¿Qué sabes del asesinato?

—Nada, excepto que le metieron dos tiros en el corazón, a un paso de distancia. Nadie ha visto al asesino, pero lo que sí es seguro es que Hackett murió a los diez minutos de su llegada al hotel.

Jessica aplastó el cigarrillo contra un cenicero.

—He perdido el tiempo —dijo, sonriendo de mala gana—. Había tomado tanto interés en el caso...

Moore se acercó a ella y acarició suavemente su mejilla.

—No podemos evitarlo —dijo—. Alguien encontrará esos once mil dólares y se convertirá en el dueño de un futuro Edén.

—Y, con el tiempo, venderá parcelas de regadío...

—Antes es preciso invertir mucho dinero en perforaciones. La cosa no resultará tan fácil como crees.

Jessica se encogió de hombros.

—Todo me da igual ya —contestó desanimadamente—. Pero te estoy muy agradecida; al menos, tú has intentado ayudarme.

—Lo hice porque me pareció correcto. —Moore besó una de sus mejillas—. Y siempre guardaré un buen recuerdo de ti, Jessica.

Ella le abrazó de repente, con súbito apasionamiento.

—No te vayas tan pronto... Quédate, te necesito...

—Jessica, lo siento, pero tengo mi trabajo. Ya sabes lo que me hicieron el otro día en la granja. Vendré otro rato, es decir, si sigues

muchos días en Neighton.

—Me quedaré algunos días más, hasta ver si averiguan algo sobre el asesino de Hackett. —Jessica sonrió cálidamente—. Y procura dejar un rato el trabajo. Me gustaría cenar a solas contigo, aquí, en la intimidad...

Moore sonrió.

—El próximo sábado —prometió.

Moore abandonó el hotel y se encaminó a la oficina de Telégrafos. En el camino se encontró con Broxton.

—He oído hablar de un crimen en el Sagamore —dijo.

—Sí, estamos investigando, pero hasta ahora no hemos averiguado nada de particular.

Se cree que los disparos fueron hechos con un silenciador, ya que los otros huéspedes no oyeron ningún ruido.

—¿Nadie vio al asesino?

—Tanto como eso... Hay un huésped que asegura vio a un hombre de pequeña estatura en las inmediaciones de la habitación de Hackett. Le chocaron sus grandes gafas oscuras y la cara muy pálida y de labios descoloridos, pero ésa es la única pista que tenemos. Suponiendo que ese individuo tenga algo que ver con el crimen.

—¿No hay ningún huésped en el hotel que responda a esas características?

—Ninguno. Diablos, Ethan, ¿por qué diablos te interesa a ti ese asesinato? —se extrañó Broxton.

—Mera curiosidad, Rim, sólo eso —contestó Moore sonriendo. Y siguió su camino.

Una hora más tarde, cuando ya anochecía, se consideró despachado. Pero no quiso volver tan pronto a la granja.

Antes de regresar tenía algo urgente que hacer. Pero la urgencia era perfectamente compatible con un paso mesurado.

Estuvo un rato en la taberna de Nancy Haskins, con la que cambió algunas bromas. Nancy se sentía contenta, porque los esbirros de Hunnicut no habían vuelto a molestarla.

También estaba enterada del crimen de aquella mañana en el hotel.

—Pobre Gus, tantos años en la cárcel y venir a morir aquí, oscuramente, en el pueblo en donde tanto trabajó. Claro que, bien

mirado, no se portaba demasiado bien con su mujer y su hija. Más de una vez tuve que ayudarlas yo, porque en ocasiones no tenían ni para comer. Nunca pude saber por qué aquella chica se casó con Gus... Habíamos sido bastante amigas, pero ni aun así se confiaba a mí...

Los ojos de Nancy estaban húmedos.

—Son las cosas de la vida, Ethan —dijo.

—Sí, Nancy, eso suele pasar con mucha frecuencia —convino él. Palmeó la mano de la mujer—. Gracias por iodo.

Moore abandonó la taberna y caminó, pausadamente a lo largo de la brillantemente iluminada calle Mayor. Poco más tarde, cuando ya llegaba a las inmediaciones del garito de Ganz, vio a Jessica que entraba en el local. «Iré a divertirse un poco», pensó.

Cuatro horas más tarde, irrumpió en un dormitorio. Como no conocía bien la distribución, derribó una silla.

Una luz se encendió en el acto, Syra se sentó en la cama, cubriéndose el pecho con las sábanas.

—¡Ethan! ¿Qué haces aquí? —se sorprendió ella—. ¿Es que te has pensado que yo...?

—Vístete, rápido, y no hagas el menor ruido —ordenó Moore.

—Pero...

—¡Silencio!

Moore aseguró la puerta con doble vuelta de llave. Luego corrió hacia la ventana y tiró del cordón de la cortina.

—¡Aprisa, Syra!

Ella saltó de la cama, en camisón.

—Ponte unos pantalones y una camisa, no necesitas más. Pero date prisa, por el amor de Dios.

Syra corrió al armario.

—Me tienes con el alma en un hilo... ¿Es que va a ocurrir algo malo, Ethan?

Moore no contestó; tenía el oído aplicado a la madera de la puerta y escuchaba con suma atención. Syra se vistió con rapidez y, a los pocos minutos, mientras se anudaba un pañuelo a la cabeza, anunció que estaba lista.

Moore se acercó a la mesilla de noche y apagó la lámpara. Fue luego hacia la ventana, descorrió la cortina y alzó el bastidor.

—Saldremos por aquí —dijo—. Yo te sostendré por las muñecas;

la distancia no es excesiva.

—Me tienes llena de pánico —confesó ella, mientras pasaba una pierna por el alféizar—. ¿Por qué haces todo esto, Ethan?

—Vamos, afuera —ordenó él perentoriamente.

Syra se dejó descolgar, sujeta por las muñecas. Moore apretó los labios, porque el esfuerzo le causaba un vivo dolor en la herida. Pero, al fin, logró poner pie en tierra junto a la joven.

—Vamos, tu coche está ya preparado.

Syra se sentó tras el volante. De súbito, oyeron un ruido extraño en la casa.

—Han saltado la cerradura de mi dormitorio —se estremeció ella. El motor del vehículo estaba ya en marcha.

—Si —confirmó Moore—. Arranca, pero muy despacio, para hacer el menor ruido posible. ¡No enciendas las luces!

El automóvil se puso en movimiento. De pronto, llegó una voz ronca desde la casa:

—¡No está, se ha largado!

—Iban a asesinarme —adivinó Syra.

—Sí —confirmó él.

—Pero... no entiendo... ¿Qué les he hecho yo? —gimió ella—. ¿Por qué quieren matarme, Ethan?

—Porque eres la hija de Hackett.

CAPÍTULO XII

El coche policial llegó a la granja y sus dos ocupantes se apearon en el acto. El conductor quedó junto al automóvil. Rim Broxton avanzó hacia el edificio con un papel en la mano.

—Vengo a arrestar a Syra Drynn —manifestó.

—No está aquí, jamás ha estado —respondió Ana González. Broxton agitó el papel.

—Esto es una orden de arresto. Tendré que registrar la casa.

—Adelante, apestoso —se burló Ana—. Puede registrar toda la granja y, si le parece poco, hasta le dejaré una pala para que excave donde mejor le parezca. Hay algunos trozos a los que no les vendría mal un poco de labor.

Broxton lanzó una maldición entre dientes.

—¿Dónde está Moore? —preguntó.

—Negocios, no sé más. Sólo soy su ama de llaves.

El policía entró en la casa. Minutos después, salía, completamente desconcertado.

—Ana, dígame a Moore que ocultar a una persona reclamada por la justicia puede costarle muy caro —exclamó.

—¿De qué acusan a la señorita Syra?

—Posesión y distribución ilegal de drogas.

La mano de Ana se alzó y golpeó con violencia la redonda mejilla izquierda del policía.

—¡Mentira! —gritó.

Broxton se tambaleó. Un ramalazo de ira chispeó en sus ojos.

—Dígame a Moore que entregue a Syra o él también irá a parar a la cárcel —gritó. Momentos después, el automóvil policial arrancaba de nuevo en dirección a la ciudad.

Ana estuvo unos momentos en la veranda y luego entró en la

casa, para acercarse al teléfono.

Marcó un número. Alguien respondió casi en el acto:

—¿Ana?

—Sí, señor. Broxton ha estado aquí. Quería arrestar a la señorita Syra. Traía un papel del juez, algo de drogas dijo.

—Gracias, no se preocupe.

Ana colgó el teléfono. Salió a la veranda y contempló a los peones que charlaban animadamente entre sí.

—¿Qué hacen ahí parados? —gritó—. No les pagan para hablar, sino para trabajar.

¡Vamos, gandules, muevan sus lomos y gánense el salario que les pagan!

* * *

Moore se paró delante de Eastly y le miró fijamente.

—Una vez me salvaste la vida, ayudado por Leyden, pero no te lo agradezco. Si Ganz te lo hubiese ordenado, me habrías matado sin pestañear.

Eastly volvió la cabeza a un lado.

—No sé de qué me está hablando —dijo. Y como viera que el joven se disponía a abrir la puerta, añadió—: No se puede entrar ahí: el señor Ganz tiene una visita.

—Sí, lo sé.

Eastly quiso cerrarle el paso, pero Moore golpeó su espinilla derecha con el pie. El pistolero empezó a saltar ridículamente, despreocupado en absoluto de su misión de centinela.

Moore abrió la puerta. Dos personas volvieron la cabeza al oír el ruido. Ganz se puso en pie lentamente.

Jessica se incorporó unos segundos más tarde.

—¡Ethan! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

Moore cerró la puerta y se acercó a la mesa. Ganz le miraba con ojos llenos de furia.

—Apostaría algo a que ya se ha enterado de que no habrá subasta de las tierras de Hackett —dijo—. Alguien ha pagado los impuestos y, por tanto, los herederos podrán seguir adelante con sus planes.

—No sé de qué me está hablando, Moore —dijo Ganz

roncamente.

—Le diré... Hay en San Quintín un tipo condenado a diez años... Se llama Tigre Daniels y su amante iba a visitarle con frecuencia. Ella se enteró de la extraña amistad que Daniels había trabado con un tal Gus Hackett y las historias que éste le contaba sobre un río subterráneo... En fin, como ambos conocen la historia, no es preciso repetirla. Lo único que les diré es que contrataron a Mac Kenna para que confirmara los descubrimientos de Hackett, pero el geólogo no trabajó tan en secreto que un tal Hunnicut no se enterase de lo que hacía. Cuando Mac Kenna terminó su trabajo, Hunnicut dio orden de matarlo y se quedó con todos sus documentos.

—¿Y por qué no se lo cuenta a él? —barbotó Ganz—. ¿Qué diablos tengo yo que ver...?

—Mucho, Walter, mucho, porque conocía a Jessica Waldron y supo que ella hablaba con sinceridad y que le proponía un negocio de millones. Pero la inesperada intervención de Hunnicut estuvo a punto de estropear sus planes.

—Si eso fuese cierto, le habría liquidado, ¿no?

—De momento, no le convenía, porque usted mismo dijo que era la ley había suficientes recovecos para conseguir lo que uno quiere. Uno de esos recovecos se refiere, claro está, a la deuda de impuestos de Hackett. Y, precisamente por acatar la ley, usted quería que Hunnicut fuese atrapado de un modo legal... mi intervención, por ejemplo, ya que no se podía contar con Broxton, asalariado de su rival. Jessica tendría que espolearme, bajo la promesa de diez mil dólares. ¿No es así? —Moore se volvió hacia la joven y ella, indiferente, se encogió de hombros.

Moore sonrió y continuó:

—Pero la ley también apoya a las personas honestas, porque para eso está hecha. Sobre todo, en casos en que parece que una cosa no tiene dueño, pero, inesperadamente, aparece el propietario por herencia, en este caso, Syra Drynn. Drynn, por si no lo sabían, es el apellido de soltera de su madre, que ella recobró cuando a su esposo lo condenaron por un crimen y se fue a vivir con la hija a Daviston, en Wyoming. Y ella es quien ha pagado los impuestos que adeudaba su padre y, por lo tanto, tiene las tierras en propiedad plena e indiscutible.

Moore se volvió hacia la mujer.

—Jessica, tú te enteraste de todo esto por tu amante, Tigre Daniels, y viniste hace tiempo a Neighton para planear el asunto de acuerdo con Ganz. Era un buen negocio, de acuerdo, pero había que hacerlo bien, sobre todo, si se tenía en cuenta que no había el menor rastro de la hija de Hackett. Ni él mismo sabía dónde estaba... tal vez porque no se le ocurrió ponerse en contacto con las autoridades de Daviston. Tampoco aquí sabían dónde estaba, aunque sí tenían conocimiento de que permaneció largos años en Las Vegas. En Neighton, por otra parte, todavía quedan personas que conocieron a Peggy Drynn, cuando todavía no se había casado con Hackett. Peggy vino aquí, un poco errabunda, harta de su vida anterior, conoció a Hackett y se casó con él. La boda y el nacimiento de Syra están debidamente registrados. ¿Lo sabías?

Jessica permanecía silenciosa, muy pálida, con los labios juntos.

—Nunca creyeron que aparecería la hija de Hackett —prosiguió el joven—. Pero no podían actuar de un modo enteramente abierto, mientras Hunnicut fuera su competidor. Hunnicut, sin embargo, fue algo más listo y llegó a conocer la verdadera identidad de Syra. Pero no se le ocurrió que, pagando los impuestos atrasados, podría convertirse en dueño de esas tierras.

»Ahora bien, muerto Hackett, las cosas se facilitarían notablemente. Hunnicut ya no podría hacer nada y ustedes dos habrían conseguido sus propósitos. Pero mataste a un hombre en vano, Jessica Waldron.

—Yo no fui...

—El asesino de Hackett era un sujeto pequeño, de cara muy blanca y labios descoloridos. Usaba grandes gafas de color, demasiado grandes para un hombre... la clase de gafas de estilo moderno que usan las mujeres, porque no tenías otras a mano, Jessica. En alguna parte habrá una pistola de la que salieron dos balas que causaron la muerte a Gus Hackett.

Moore sonrió.

—Lo cual desmiente su teoría de que le gusta ajustarse a la ley, Ganz —dijo—. Y si Jessica lo hizo, disfrazada de hombre, fue porque, de este modo, cualquier posible testigo sólo vería a un desconocido y no identificaría así a ninguno de sus pistoleros. Además, Jessica, ¿cómo sabías con tanta exactitud la hora de la

muerte de Hackett? ¿Por qué, estando en el hotel, tardaste más de dos horas en llamarme?

La mujer estaba lívida. Sus ojos llamearon.

—Jessica, tú buscabas mi ayuda para que Hunnicut quedase fuera del juego, sobre todo, teniendo en cuenta que está apoyado por Broxton —continuó el joven inexorablemente—. Pero ¿qué abogado ignoraría que se podía solicitar una copia legalizada de los títulos de propiedad de Hackett? Y, por otra parte, ¿a qué ofrecerme diez mil dólares, si luego decías que Hackett no tenía los once mil que eran necesarios para pagar los impuestos atrasados? Si realmente querías defenderlo, podías haberle anticipado el dinero; ya te hubieras resarcido más tarde de ese gasto, ¿no?

Ella retrocedió un par de pasos. Sus ojos brillaban con furia demencial. De pronto, abrió su bolso y sacó una pistola.

—¡Eso no lo repetirás a nadie más, Ethan Moore! —exclamó.

—No empeores tu situación. No todos los policías de Neighton son venales ni dados a cerrar los ojos ante determinados casos —dijo el joven.

La puerta se abrió súbitamente.

—¡Moore! —gritó Broxton—. Me han dicho que...

Jessica perdió la cabeza al ver al policía y disparó. Broxton chilló horriblemente y se desplomó al suelo.

Moore se dispuso a saltar hacia Jessica, pero, en el mismo instante, asomó una mano armada por la puerta. Estallaron dos disparos. Jessica gritó, se tambaleó y cayó al suelo.

Detrás de su mesa, Ganz aparecía mortalmente pálido. Seguido de Norton y de otro de sus pistoleros, Hunnicut hizo acto de presencia.

—Parece que hemos llegado a tiempo, Moore —dijo. El joven procuró dominar sus nervios.

—Si busca a Syra para hacerle un chantaje, con una falsa acusación por tenencia de drogas, pierde el tiempo —dijo—. Ella no está aquí.

Hunnicut se desconcertó un tanto.

—Y de nada le van a servir ya los documentos que robó a Mac Kenna —añadió Moore—. Syra es la legal propietaria de ciertos terrenos, que nadie podrá arrebatárle.

La sirena de un coche policial se dejó oír casi en el acto. De

pronto, Ganz pareció sentirse acometido por un ramalazo de odio ciego.

Al alcance de la mano tenía un cajón. Abrió, sacó un arma y la emprendió a tiros con Hunnicut.

Hunnicut se tambaleaba, a la vez que aullaba como un poseído. A su lado, Norton hacía fuego contra Ganz.

Norton trastabilló. A su lado, Hunnicut tenía ambas manos en el pecho, mientras miraba con ojos desorbitados hacia el suelo. Súbitamente, Ganz dio media vuelta y se estrelló contra la pared.

Lentamente, resbaló hasta quedar hecho un ovillo. En el mismo momento, Hunnicut se desplomaba sobre la alfombra.

Norton estaba herido, pero eso no le impidió correr. En la escalera, sin embargo, se tropezó con dos policías. Sonaron más disparos.

Hal Eastly se levantó más tarde, con un terrible dolor de cabeza. Ni siquiera se había enterado de lo ocurrido.

Uno de los policías se asomó a la puerta del despacho.

—¡Jesús, esto parece un matadero!

Poco después, Moore pudo usar el teléfono.

Nancy Haskins levantó el suyo al otro lado de la línea.

—Soy Ethan —dijo el joven—. Nancy, dígle a Syra que ya pasó todo.

—¿No hay peligro?

—Ninguno —aseguró Moore.

* * *

El coche se detuvo frente a la casa. Ana asomó por una ventana y sonrió alegremente.

«Chick» ladró mientras corría al encuentro de la recién llegada. Syra se apeó y se acuclilló para abrazar al can, que movía la cola jubilosamente.

—Ya estoy aquí, «Chick» —dijo ella.

Moore llegó instantes más tarde. Syra se incorporó.

—Hola —dijo.

Tenía la cara limpia de maquillaje y vestía una blusa, falda y zapatos de medio tacón.

—Ahora la que tiene que devolverte un préstamo soy yo —dijo.

—Hablabamos más adelante de ese asunto. ¿Quieres café?

—¿No hay melocotones? Moore sonrió.

—Claro. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. He vendido el local. Me han pagado un buen precio.

—Te felicito. Entra en casa, ¿quieres?

«Chick» siguió a la pareja. Moore puso delante de la joven un gran frutero lleno de dorados melocotones.

—Me gustan —dijo Syra.

—Lo celebro. ¿Cuándo te marchas?

—¿Marcharme? ¿Quién te ha contado esa tontería?

—Mujer, has vendido el negocio...

—Pero ahora soy propietaria de una gran cantidad de tierras.

—Eso sí es cierto.

—Y te lo debo a ti.

—Bah, no digas cosas raras.

Syra se limpió los labios con una servilleta de papel.

—Ethan, ¿cómo supiste que yo era hija de Hackett?

—Usando el telégrafo, además de la cabeza, claro —sonrió él—.

Y contando también con la ayuda de algunas personas que conocieron a tu madre, aparte de varios policías que seguían siendo honrados.

—Sí, comprendo. Nancy me contó muchas cosas de mi madre. Yo las ignoraba.

—Ella debía sentirse muy amargada por lo que le pasó a tu padre. No la culpes de nada. Tuvo que marcharse a Daviston, porque no sabía adónde ir, y le repugnaba que se supiera que su marido...

—Era un asesino, dilo claramente.

—Syra, las cosas son como son y no como quisiéramos.

—Pero no siempre. A veces, se puede hacer que sean como nos gusta.

—Sí, con un poco de voluntad.

—Por ejemplo, quieren que ocupes de nuevo tu antiguo puesto.

—Ya no hago falta en Neighton. Desaparecidos Ganz y Hunnicut, la ciudad resultará mucho más tranquila. Los restantes dueños de locales de diversión tomarán buena nota de lo ocurrido.

—Y, además, la comarca cambiará. Ya he entablado conversaciones con una empresa que se dedica a la perforación de

pozos. Tengo los documentos de Mac Kenna y dentro de pocos días enviarán a un par de especialistas para iniciar los trabajos preliminares.

—Cuando se encuentre agua, esas tierras valdrán lo que tú quieras —sonrió él.

—El dinero no me importa tanto, Ethan. Hay otras cosas más interesantes en la vida.

—Sí, desde luego.

Syra paseó la vista por la estancia.

—Hay que arreglar un poco esta casa —dijo—. La decoración está bien, pero no acaba de convencerme del todo.

—Tú no tienes que vivir aquí —rezongó Moore. Syra dio un paso hacia adelante.

—Estás enamorado de mí desde hace muchísimo tiempo —dijo, con ojos llameantes—. No trates de engañarte a ti mismo, Ethan.

—Syra...

—La única duda que me asalta es si un día no empezarás a pensar en mi pasado.

—Nunca miro hacia atrás, aunque suelo recordar algunas cosas que sucedieron hace tiempo.

Ella palideció.

—¿Lo ves? No puedes evitarlo...

—Estás equivocada. Lo que yo quería decirte es que me acuerdo de cierta vez en que hablaste de tu odio a esta clase de vida, que no querías convertirte en una granjera... y todo lo demás. ¿Lo recuerdas tú también?

Syra sonrió luminosamente.

—¡Tonto! Lo hacía para espolearte —exclamó—. Pero la verdad es que, a tu lado, iría a donde tú quisieras.

Moore la abrazó con gesto repentino.

—¿Estás segura de que tomas una decisión acertada? —preguntó.

—Es la mejor decisión de mi vida —afirmó ella.

«Chick» ladró alegremente. Pero los labios de la pareja siguieron unidos durante largo rato. Al fin, «Chick» se cansó y, con paso lento, salió a tumbarse a la sombra de la veranda cuan largo era. El instinto le dijo que, en aquellos momentos, estorbaba.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.